

CASIMIRO BARELLO



CASIMIRO BARELLO, PENITENTE PIAMONTÈS
FALLECIDO EN ALCOY EN 9 MARZO 1884.

Es propiedad

Esta reproducción ha sido obtenida exclusivamente con fines de investigación y de estudio.
Esta reproducció ha sigut obtinguda exclusivament amb fins d'investigació i estudi.

CASIMIRO BARELLO

RECUERDOS DE UN PENITENTE

POR

CONSTANTINO LLOMBART

«Yo, no digo que sea santo ni que no sea santo; sólo digo, que estas declaraciones no puede hacerlas mas que la Iglesia, y que debemos precavernos contra la incredulidad y contra la credulidad; porque la primera arguye falta de fe, y la segunda facilidad en creer sin discernimiento.»

Sermón del Arzobispo de Valencia.

VALENCIA

Imprenta y librería de Ramón Ortega, editor

BAJADA DE SAN FRANCISCO, 11

—
1884

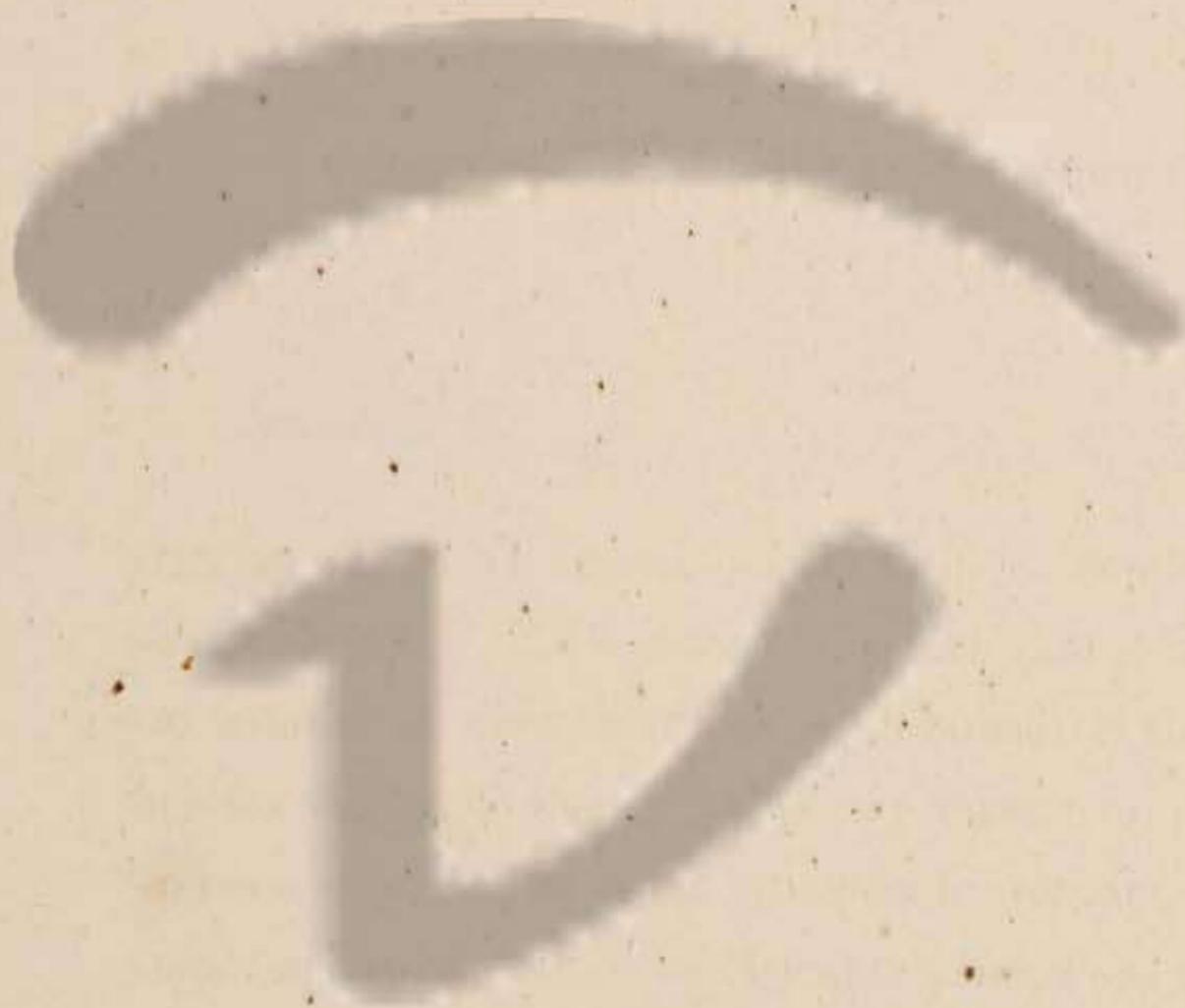
Es propiedad del Editor.

A SUS ANCIANOS AMIGOS

Doña Manuela Soriano y D. Bartolomé Rausell

dedica esta pequeña muestra de cariñoso respeto,

C. Llombart.



PRÓLOGO

LAMENTÁBAME, no hace mucho tiempo, con un íntimo amigo mío, muy dado á la oración y á las prácticas piadosas, de la necesidad que se hacía sentir en nuestra sociedad, de un reformador que con su ejemplo latente de caridad y penitencia, aplastase al mónstruo de nuestro siglo, el *sensualismo*, al par que vigorizase la decaída fé de aquellos que, bamboleándose á impulsos de las humanas pasiones, tienen levantadas sus tiendas al borde del abismo de su perdición y ruína. Recuerdo perfectamente, que al tenderle la mano para despedirme, insistiendo en lo que mi amigo llamaba mi *bella ilusión*, exclamé: ¡Dios quiera enviarnos pronto ese *reformador* que tanto necesitamos!

Considerad cuál sería mi asombro, cuando sin saber por dónde ni de qué manera, ví aparecer la figura austera y simpática del penitente piamontés.

Confieso que al pronto me pareció un sueño; y en el temor de que se me desvaneciese, me fuí tras de aquel hombre extraordinario, sin hartarme de contemplarlo y sin dejar al propio tiempo de dar gracias á Dios por aquella prueba tan palpable de su misericordia.

Porque ¿qué representaba el joven Casimiro al aparecer como claro sol de mediodía, en medio de las tinieblas de una sociedad perturbada por las nebulosidades de una filosofía anticristiana? ¿Qué significaba aquel héroe que, colocándose frente á frente de nuestro descarriado siglo, parecía un enviado de Dios para detenerle en su carrera vertiginosa y salvarle de los horrores del abismo?

Representaba, á mi modo de ver, á la *Fé* con sus obras vivas, llamando á penitencia á todos los mortales: representaba á la *Esperanza*, enseñando al mundo con el ejemplo de una extrema pobreza, que este es lugar de tránsito y que por lo tanto hemos de poner nuestro principal cuidado en atesorar riquezas para el cielo, verdadera patria nuestra; y representaba por último, á la *Caridad*, ofreciéndose todo por sus hermanos, para aniquilar al *egoismo*, crimen característico de nuestra moderna sociedad.

El intrépido piamentés había conocido á fondo los defectos y pecados del mundo en que vivía, y se había ofrecido á Dios como víctima expiatoria. Su anhelo era la salvación de todos sus semejantes, y cuando se le preguntaba por qué pasaba el día y la noche orando, respondía humildemente: «Oro por mí y por los que se olvidan de un Dios tan digno de todo nuestro amor.»

Comprendió que el lujo y la ostentación eran causa de la ruína de muchas almas, y presentóse al mundo con los pies descalzos, desnuda la cabeza, y con un tosco sayal por toda vestidura.

Para los cristianos verdaderos fué nuestro joven penitente un milagro del amor divino; para los indiferentes un anacronismo ridículo, para los incrédulos un miserable impostor.

Pero ¡oh, misterioso poder de la virtud! creyentes y no creyentes acabaron por admirar á Casimiro como á un hombre extraordinario, cuya aparición no era debida á la casualidad, y cuyo singular género de vida no podía ser hijo de una imaginación loca é ingobernable.

La presente leyenda viene á confirmar mi aserto de la manera más cumplida. ¿Quién no conoce á Llombart? Sus ideas religiosas, debido á sus convicciones políticas, dejan por desgracia algo que desear, por mucho que posea un corazón excelente, capaz de todo lo más santo y bueno; y sin embargo, á la vista del penitente piamontés, siente excitada su fantasía de poeta, contempla un sólo instante su figura colosal abriéndose paso á través de las miserias de nuestro siglo, y dejando en pos de sí luminosa estela que muestra el camino de la verdad, y arrebatado por su abnegación y por sus virtudes, coge su lira y canta al héroe cristiano sus mejores y más sinceras alabanzas.

¿Qué significa este contrasentido?

Significa que las sombras del error no logran jamás oscurecer la luz esplendorosa de la verdad, y que ante la verdadera virtud doblan siempre la rodilla sabios é ignorantes, justos y pecadores.

La misericordia divina ha enviado al mundo en épocas distintas, hombres extraordinarios, que si por un lado sirvieron como víctimas expiatorias ofrecidas en su holocausto por los pecados de los hombres, fueron también por otra parte espejo de todas las virtudes, en donde encontraron aliento y fortaleza los buenos cristianos, al par que confusión los incrédulos que no

pudieron negar á su vista la directa y continúa influencia de lo sobrenatural en los sucesos de la vida humana.

Pero infinitamente sabio también, ha dado el Señor á esos seres privilegiados un carácter particular, apropiado á las necesidades del siglo en que nacieron; y así vemos, que cuando ha tenido la Iglesia heregías que combatir, han surgido de su seno atletas tan esforzados como un San Agustín y un Santo Tomás de Aquino; cuando, decaída la fé, se ha visto á la humanidad arrastrarse en pos de los placeres sensuales menospreciando las cosas eternas, un San Vicente Ferrer ha hecho retemblar el mundo con su imponente grito *Temed á Dios*; cuando infatuados los hombres han olvidado que todos en este mundo somos hermanos, un San Juan de Dios y un San Vicente de Paul han aparecido milagrosamente socorriendo á aquellos infelices abandonados de sus semejantes por causa de su indigencia ó de sus repugnantes enfermedades: En una palabra, la misericordia divina ha venido en todo tiempo guiando á la humanidad como madre cariñosa por senderos de salud, y mostrándole el verdadero camino á la luz esplendorosa de esas antorchas de la fé que son al mismo tiempo los magníficos florones de su eternal corona.

¿Habrá respondido, pues, la aparición de Casimiro Barello á una simple casualidad, ó será que, como acabo de manifestar, nuestra sociedad materialista y entregada por lo tanto al deleite y á la ostentación, reclamaba la manifestación de este astro luminoso en el nebuloso horizonte de nuestro siglo sensual, para encauzarla con su ejemplo en el verdadero camino?

Por los asombrosos fenómenos experimentados después de su santa muerte, no podemos menos de admitir que su providencial misión fué la de predicar á los pueblos la oración y la

penitencia con la voz elocuentísima del ejemplo. Esta era la vocación á la que con fuerza irresistible se sentía inclinado el joven piamontés, según tuvo la dicha de oírle de sus propios labios.

Llombart sólo ha querido pintarle tal como en su rápida carrera por el mundo se nos ha manifestado. El autor aspira á reflejar en sus *Leyendas contemporáneas*, de las que *Casimiro Barello* forma parte, todos aquellos rasgos sinceros más salientes y característicos de nuestra moderna sociedad, con el propósito de que bajo poética forma, pueda apreciarse un día en ellas, lo mismo sus ventajas que sus inconvenientes, sus desvergüenzas que sus glorias, sus virtudes que sus vicios, sus adelantos que sus defectos, sus costumbres que sus creencias, sus grandes vuelos que sus grandes desfallecimientos. ¿Conseguirá su objeto? Difícil es su empresa.

El carácter de la presente leyenda es simpático, filosófica y moralmente considerada, y no dudo será acogida por el público con benevolencia, dadas las ventajosas condiciones con que el Sr. Llombart es conocido entre nuestros literatos. Además, el asunto está tratado con amor y versificado con la facilidad que caracteriza todas las obras de tan popular autor.

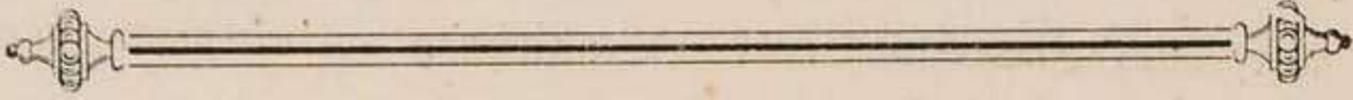
Empero para juzgar con algún acierto lo que el poeta se propone, habrá que esperar la publicación de las restantes leyendas: no basta una sólo.

Réstame, para concluir, expresar mi opinión acerca del propósito del Sr. Llombart en su colección de leyendas.

Lo personalidad de Casimiro Barello, no debe, en mi sentir, confundirse con los tipos ó caracteres que produce nuestra sociedad, formados por sus costumbres, y por lo tanto plagados de sus defectos.

Casimiro Barelo no debe su carácter y sus circunstancias al mundo en que ha nacido. Abismada su alma en la asídúa contemplación de la belleza suprema, adquirió su carácter de mística inocencia, que deben poseer los espíritus angélicos, junto al trono mismo de la divinidad, al calor de los rayos de su eterna gloria. Su creación, es una creación aparte y excepcional, implantada en nuestro siglo por un rasgo de bondad del Supremo Hacedor, que si determinó apareciese en nuestro horizonte cual fugaz meteoro, dejando en pos de sí el aroma de todas sus extraordinarias virtudes, fué precisamente para reprobar con su austera presencia el incalificable y vergonzoso sensualismo de nuestras depravadas costumbres.

J. GUZMÁN GUALLAR.



JUÍCIOS TEMERARIOS

INTRODUCCIÓN

Entre el cielo y la tierra
La oración santa,
Una cadena es de oro
Que une á las almas;
Mas sin las que oran,
¿La humanidad qué fuera?
¡Flor sin aroma!

Ya en el último tercio
Del luminoso
Siglo, por excelencia
Décimonono;
¿Qué nuevas luces
Se apagan ó se encienden?
¿Qué es lo que ocurre?

¿Es que alguna de tantas
Grandes lumbreras,
Como hoy del mundo asombro
Son por su ciencia,
Util invento
Para hacernos felices
Ha descubierto?

¿O es que algún cataclismo
Social se anuncia,
De esos que, al trastornarlo,
Todo lo mudan,
Y ante él peligran
La religión, las leyes
Y la familia?

¡Oh, no! Es que aquí un pobre
Mozo, italiano,
Vino desde su patria
Peregrinando,
Y el tiempo emplea
Rezando de continuo
Por las iglesias.

Entre el cielo y la tierra
La oración santa,
Una cadena es de oro
Que une á las almas;
Mas sin las que oran,
¿La humanidad qué fuera?
¡Flor sin aroma!

Y ¿qué gana la industria,
 Ni qué las artes,
 Con que él ociosa, orando,
 La vida pase?
 ¡Conquiste el cielo,
 Algo haciendo en la tierra
 De más provecho!

Con la cabeza al aire,
 Casi desnudo,
 Descalzo y en ayunas
 Por esos mundos;
 Va á ser el mandria,
 La admiración, el pasmo
 De las beatas.

Mas si un áspera cuerda
 Ceñida al cuerpo
 Lleva, y un sayal burdo,
 Sucio, harapiento;
 ¿Por qué el bendito,
 En un convento fraile
 No se ha metido?

¿Parécele que vive
 La frailomaquia,
 Muy comodona, y teme
 Perder el alma?....
 Pues ya que es joven,
 Vaya á un desierto y rece
 Sus *paternosters*.

Entre el cielo y la tierra
 La oración santa,
Una cadena es de oro
 Que une á las almas;
Mas sin las que oran,
 ¿La humanidad qué fuera?
¡Flor sin aroma!

Casimiro se llama,
 Y *casi miro*,
Que un poco el penitente
 Debe estar *ido*;
O es un bergante,
 Que sabiendo que hay tontos
Viene á explotarles.

Los grandes y los chicos,
 Todos le buscan,
Y hasta la misma prensa
 De él se preocupa;
No será extraño,
 Que el que entró obedeciendo,
Salga mandando.

Hay quien dice que expía
 Culpas añejas,
Y hay de monomaniaco (1)
 Quien le moteja;
¡No sé por qué arman,
 Para tan poca cosa
Tanta alharaca!

Mas si no resultare
Ni alucinado,
Ni embaucador, ni loco.....
¿Sería un santo?
Su siglo al ménos,
«¡Callad, hoy clama, impíos!
¡Gloria á Barello!»

Entre el cielo y la tierra
La oración santa,
Una cadena es de oro
Que une á las almas;
Mas sin las que oran,
¿La humanidad qué fuera?
¡Flor sin aroma!



CURIOSOS ANTECEDENTES

Era en Valencia, á principios
Del año mil ochocientos
Ochenta y cuatro, una tarde
Del frígido mes de Enero;
Y en una angosta plazuela,
—Donde se venera un templo,
En cuya puerta decía
CUARENTA HORAS, un letrero,
Y, de la misma á los lados,
Pobres, lisiados y viejos,
La caridad imploraban
De los corazones buenos,—
Veíanse varios grupos
De personas de ambos sexos,
Y de distintas edades,

Y posiciones y aspectos,
 Comentando á su manera
 Extraordinario suceso.
 Del público preocupaba
 La atención los días aquellos,
 Un extraño personaje
 Que venía desde lejos,
 Descalzo y medio desnudo
 En el rigor del invierno,
 Yendo de iglesia en iglesia,
 Como un antiguo romero,
 Peregrinando por todas
 Las ciudades y los pueblos,
 Y con su fé y sus virtudes
 Dando á los fieles ejemplo.
 ¿Quién era? ¿Cuáles serían
 Sus móviles, sus intentos?
 Esto pensaba la gente,
 Que exprofesamente á verlo,
 Curiosa entraba y salía
 En la iglesia de que mérito
 Se hizo, y en cuya plazuela,
 Con malicia más ó ménos,
 Formábase conjeturas
 Y cálculos estupendos;
 Sin que formular lograrse
 Cabal y exacto concepto,
 Respecto al significado
 De aquél acontecimiento,
 Más oscuro á sus alcances

Que un geroglífico griego.
 Mil patrañas se forjaban
 Y disparatados cuentos,
 Todos muy interesantes,
 Muy variados, muy grotescos,
 Ya en pró, ya en contra del joven
 Penitente, á quién, lijeros,
 Unos ensalzaban, y otros
 Criticaban como necios;
 Y uno en él veía un santo,
 Y otro un pícaro encubierto,
 Y éste loco le creía,
 Y aquél juzgábale cuerdo.
 ¡Oh, qué de contradicciones!
 ¡Cuántas dudas! ¡Cuántos yerros!
 Mas, ¿por qué, sin conocerle,
 A hablar de él nos atrevemos?...
 Así medra la calumnia,
 Y así deberá ser cierto,
 Que todo de malas lenguas
 Empedrado está el infierno.
 Abstengámonos, y oigamos
 Lo que el religioso celo
 De un discreto sacerdote,
 Que escribió á Italia en secreto,
 Averiguó de la vida
 Del penitente; escuchemos:
 «Era el joven Casimiro
 Barello Monti, extranjero,
 Natural de Cavagnolo,

—Turín, italiano suelo,—
 É hijo de una muy humilde
 Familia, honrada en extremo,
 La cuál allá en lo más hondo
 Del alma vió del pequeño,
 Resplandecer, como estrellas,
 Purísimos sentimientos.
 Sintióse el niño inclinado
 A la Iglesia, desde luego,
 Y distinguióse, no obstante
 La cortedad de su tiempo,
 Por su continua asistencia
 Con devoción á los rezos,
 Ceremonias y ejercicios
 De los católicos templos.
 Ya adolescente, observáronle
 Que en profundo arrobamiento,
 En éxtasis prolongado
 Caía ante el Sér Supremo
 Con frecuencia, en su envidiada
 Tierra natal, siendo objeto
 De la atención y el cariño
 De cuantos le conocieron,
 Hasta que ingresó por suerte
 En el italiano ejército.
 Este cambio y este modo
 De vida y costumbres nuevo,
 No alteró en nada los hábitos
 Religiosos de Barello,
 A quien por un pobre loco

Sus compañeros tuvieron.
 Mas él, ó no contestaba,
 Ó rompía su silencio,
 Diciéndoles á sus jefes:
 «Loco estoy, yo lo confieso;
 Loco estoy, si es que es locura
 Amar á un Dios verdadero.»
 Y en vista de que seguía
 Siempre en su tenaz empeño,
 Sin que él la sollicitare,
 Una licencia le dieron
 Ilimitada, que el joven
 Soldado, aprovechó yendo
 A visitar los más célebres
 Santuarios y monasterios.
 Dos años fué por Italia,
 Y después que trascurrieron,
 Al cuartel volvió descalzo,
 Y el uniforme maltrecho;
 Por lo que esta vez licencia
 Absoluta le expidieron,
 Al que ya entonces gozaba
 Fama de místico austero.
 Dueño al verse de sí mismo,
 Puso en práctica el proyecto
 De recorrer, uno á uno,
 —Y siempre á pié por supuesto,—
 Cuantos lugares conservan
 Sacratísimos recuerdos;
 A cuyo fin pasó á Roma,

Del catolicismo centro,
 Y desde allí vino á España,
 No sin que en este trayecto
 Persecuciones é insultos,
 Y ofensas y vituperios,
 Sufriese del populacho,
 Que es á ensañarse propenso
 Contra el que por sus virtudes,
 Por su ciencia ó por su génio,
 Generoso hasta la vida
 Sacrifica en su provecho.
 ¡Dígalo si no el infame
 Suplicio con que el hebreo,
 Compensó la obra sublime
 Del Divino Nazareno!
 Cuando los benditos padres
 De Casimiro murieron,
 En posición desahogada
 Encontróse su heredero;
 Mas á los menesterosos
 Sus bienes fué repartiendo,
 Y guiado por el impulso
 De su espíritu evangélico,
 A servir á Dios y al prójimo
 Consagróse por completo.
 Mas con vivir de limosna
 Nuestro joven, no contento,
 Dedicábase á muy rudas
 Tareas, por dar entero
 A los pobres el salario

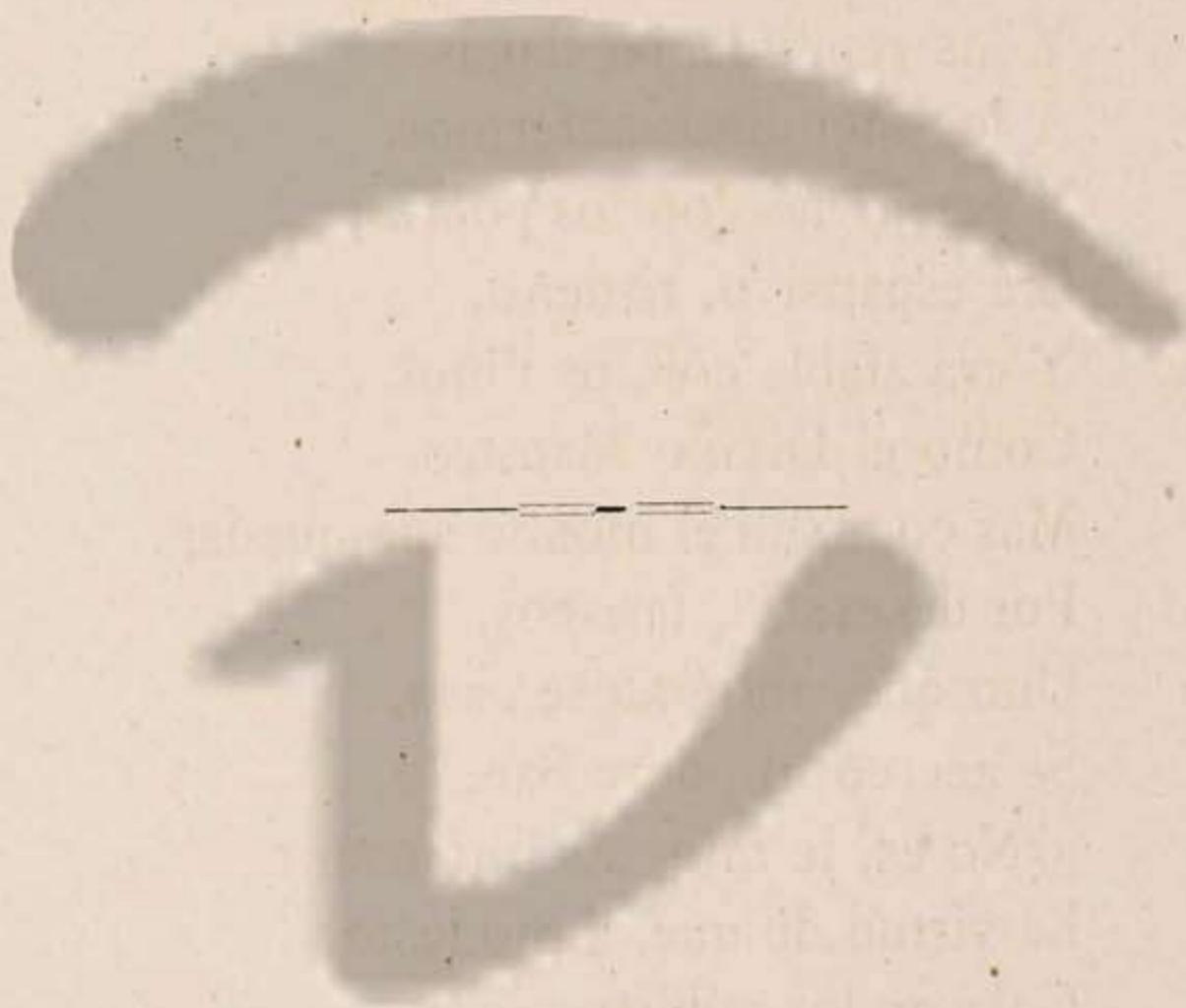
Que ganaba con tormentos,
 Sin que por esto olvidase
 La oración, hasta el exceso
 De permanecer seguidas,
 —¡Sobrenatural esfuerzo!
 Diez y seis horas rezando
 Ante el Hacedor Supremo.
 Pan y agua constantemente
 Eran su único alimento,
 Y dormía en una estera,
 ¡Cuando no en el duro suelo!
 ¡Hubo ocasión, que ocho días
 Se mantuvo con aquellos
 Desperdicios, que, á su paso,
 Iba el pobre recogiendo!
 Su bondad, su mansedumbre,
 Su trato afable y discreto,
 Su caridad,— que emulaba
 Con la del santo (2) modelo,
 De cuya efigie el tesoro
 Siempre llevaba en su pecho,—
 Causas no fueron bastantes
 Para evitar que Barello,
 En Marsella, en Barcelona,
 Y en Madrid (3), hace año y medio,
 Entre criminales fuese
 Como vagabundo preso.
 ¡Aún se conserva la grata
 Memoria en el Saladero,
 Del ejemplar penitente

Que en el crudísimo invierno,
 Con una manta partida
 Y metida por el cuello,
 Cual si fuese una casulla,
 Iba el infeliz cubierto
 Hasta las rodillas, dando
 Su comida, su sustento,
 Y edificando con dulces
 Frases á sus compañeros!
 ¡Aún desde entonces algunos
 Llevan en el alma impresos,
 Sus rasgos de amor al prójimo,
 Sus salvadores consejos!»
 Tal desde allá del Piamonte,
 Desvaneciendo recelos,
 Contestó en extensa carta
 Persona digna de crédito,
 A un discreto sacerdote
 Que escribió á Italia en secreto,
 Para averiguar la vida
 Del penitente Barello.
 ¡Ya veis, sus antecedentes
 No podían ser más buenos!
 ¿Cuáles, pues, cuáles serían
 Sus móviles, sus intentos?
 ¡Vana pregunta! Pues sólo
 Con mirarle el más incrédulo,
 Algo en él adivinaba,
 Que le hacía exclamar: «¡Creo!»
 Por eso aquella caterva

De corrillos sempiternos,
 Que mil patrañas forjaban
 Y disparatados cuentos,
 Todos muy interesantes,
 Muy variados, muy grotescos,
 Ya en pró, ya en contra del joven
 A quien, faltos de criterio,
 Unos ensalzaban, y otros
 Censuraban como necios;
 Al ver que, después de hallarse
 Diez largas horas Barello,
 Inmóvil como una estatua
 Adorando al Sacramento,
 Concluída la Reserva
 Iba ya á salir del templo;
 Hacia la puerta agolpáronse,
 Con desordenado estrépito,
 Y circuyéndole ansiosa
 La multitud de ambos sexos,
 Y de distintas edades,
 Y posiciones y aspectos,
 Unos sus manos besaron,
 Gracias otros le pidieron,
 Y no faltó quien reliquias
 Por llevarse de su cuerpo,
 Le cortase con tijeras,
 —¡Grandísimo atrevimiento!—
 Parte del sayal que un día,
 Cierta piadoso sujeto
 Le hizo cambiar por la rota

Zamarra y bolsón mugriento,
 Que como pastor llevaba,
 Y lástima daba el verlo.
 ¡Ah! del siglo diez y nueve,
 Tan descreído y soberbio,
 Dando lección al orgullo
 Con la humildad de su ejemplo;
 Todo unción, todo dulzura,
 Los pies besaba á los viejos,
 Y las repugnantes llagas
 Á los mendigos enfermos,
 Y era jovial con los pobres,
 Era expansivo, risueño,
 Y era afable con los niños
 Como el Divino Maestro.
 Mas como en el mundo aún quedan,
 Por desgracia, fariseos,
 Uno que, abriéndose paso,
 Se acercó al pobre Barello,
 «¿No es, le dijo, una impostura
 La virtud de que, inmodesto,
 Gala en los públicos sitios
 Estás, Casimiro, haciendo?»
 Grave injuria que inferida
 A otro mortal ménos bueno,
 La sangre se le inflamara,
 Subiérasele al cerebro,
 Y de seguro la injuria
 Volviérale con denuestos.
 Pero ¿qué hizo Casimiro?

Bajó los ojos al suelo,
Las plantas besó á aquel hombre,
Y al partir, fuese diciendo:
«¡Si un impostor soy, hermano,
Castígueme el justo cielo!





ELOCUENCIA DEL EJEMPLO

Así que de Casimiro
La oración y penitencia,
Asombraron á Valencia,
Que es la patria de Ferrer;
 La fé, un tanto amortecida,
Inflamó no pocos pechos,
Y empezó á verse en sus hechos
Sobrenatural poder.

 Inflamó á las buenas almas,
Sin afectación piadosas,
Que al verle en sus fatigosas
Horas de continuo orar;
 Cuando del templo salía,
Alimentos le llevaban;
Mas casi nunca lograban
Hacérselos aceptar.

Cuanto más, si algunas veces
Tomaba, á fuerza de instarle,
Lo que la piedad á darle
Acudía de él en pos;

Agua en el cocido echaba,
Y aquél brevaje absorbía,
Y alababa y bendecía
La providencia de Dios.

Si álguien le daba limosna,
Renunciábala con gusto,
Pues de ella juzgaba injusto
A otros más pobres privar;

Y en la fuerza del invierno,
Cuando sus carnes se helaban,
Las ropas que se le daban
Apresurábase á dar.

Perdido por unos cerros
Iba en Diciembre nevando,
Tan desnudo, que, temblando,
Próximo estaba á morir;

Cuando vió que un pajarillo,
Con seravecilla leve,
Revolcándose en la nieve
Pudo al frío resistir.

Y acogiendo el peregrino
Del cielo el aviso santo,
Prosternóse sobre el manto
De la nieve en oración;

Y apenas breves instantes
En tal actitud corrieron,
Calor y vida adquirieron
Los músculos en reacción.

Siempre expuesto á la intemperie,
Para sufrir su rudeza,
Era la naturaleza
De Barello excepcional;
Y ni el rigor del verano
Jamás le obligó á rendirse,
Ni el del invierno á cubrirse
Su cabeza escultural.

Su esbelta y noble figura,
Su hermosa fisonomía,
Conquistó la simpatía
Del que por dicha le vió;
Y hubiera con poco esfuerzo,
Si del mundo ansiara dones,
Oro alcanzado y blasones
Que su virtud rechazó.

Por cierto que, en todas partes,
Rica y bella cual ninguna,
Brindándole su fortuna
Tentábale una mujer (4),
De la que el buen Casimiro,
Temeroso y mal seguro,
Huía al amor impuro
Que ella en él quiso encender.

Italia, Francia y España
Recorrió aquella imprudente,
Siempre tras del penitente,
Que era un ángel de candor;
A quien, loca, sin descanso
Perseguía en su delirio,
Causándole cruel martirio
Con su abominable amor.

¡Era su sombra! El demonio
De los malditos placeres,
Que á los más perfectos séres
Se complace en perseguir;
Y que al austero cristiano,
Bajo formas seductoras,
Maquinaba á todas horas
En el hondo abismo hundir!

Él, como un heróico atleta
Combatiéndole á porfía,
Con valor se defendía
De la visión por doquier;

Y, sin que nadie advirtiese
Su presencia ni un momento,
Aún del Santo Sacramento
Se iba en la oración á ver.

Un espíritu maligno
Miraba el joven en ella,
Que en vano intentó su huella
En aquel alma estampar;

Ya que tantos artificios
Comó inventó el miserable,
Contra su fé inquebrantable
Se estrellaron sin cesar.

Llegó una noche á Valencia,
Suelo á su misión propicio,
Y de una iglesia en el quicio
Refugióse sin dormir,

Creyendo el pobre extranjero,
Pues la costumbre ignoraba,
Poder descansar do estaba
Hasta el instante de abrir.

Mas de semejante sitio,
La autoridad inclemente,
Desalojó al penitente,
Que, con gran resignación,
Partió, y á la suerte andando,
Se halló, pasmado de frío,
A la otra parte del río,
Fuera de la población.

Vino luego, entró en la iglesia,
Tarde salió, le siguieron,
Y allá por la huerta vieron
Que iba vagando al azar;

Y á un labrador le insinuaron
Cuán bendito aquél sér era,
Y le invitó á que durmiera
Por la noche en su pajar.

Quedóse á puro rogarle,
Pero viose al otro día,
Que aún en la paja no había
Reposado el piamontés;

Y, al reconvenirle el dueño,
Contestó en términos tales:
«¡Ah, no! que los animales
No la querrían después!»

Brillaba en sus bellos ojos,
Soles de amor sin tibieza,
Su castidad, su pureza,
Su abnegación, su bondad;

Y pronto de estas virtudes
Cundió en la ciudad la fama,
Y ardió Valencia en la llama
De su inmensa caridad.

Joven, simpático, y dando
Con su santidad ejemplo,
Ya en la calle, ya en el templo
Le admiraba el pueblo fiel;

Y hombres, niños y *muqueres*,
Como él decía aturdido,
Le besaban el vestido,
Reliquias tomaban de él.

Cien personas distinguidas
Por su posición ó clase,
Que en sus casas se albergase
Le rogaban por igual;

Y si una, al cabo, la suya
A que aceptase le indujo,
Fué por mediar el influjo
De su padre espiritual.

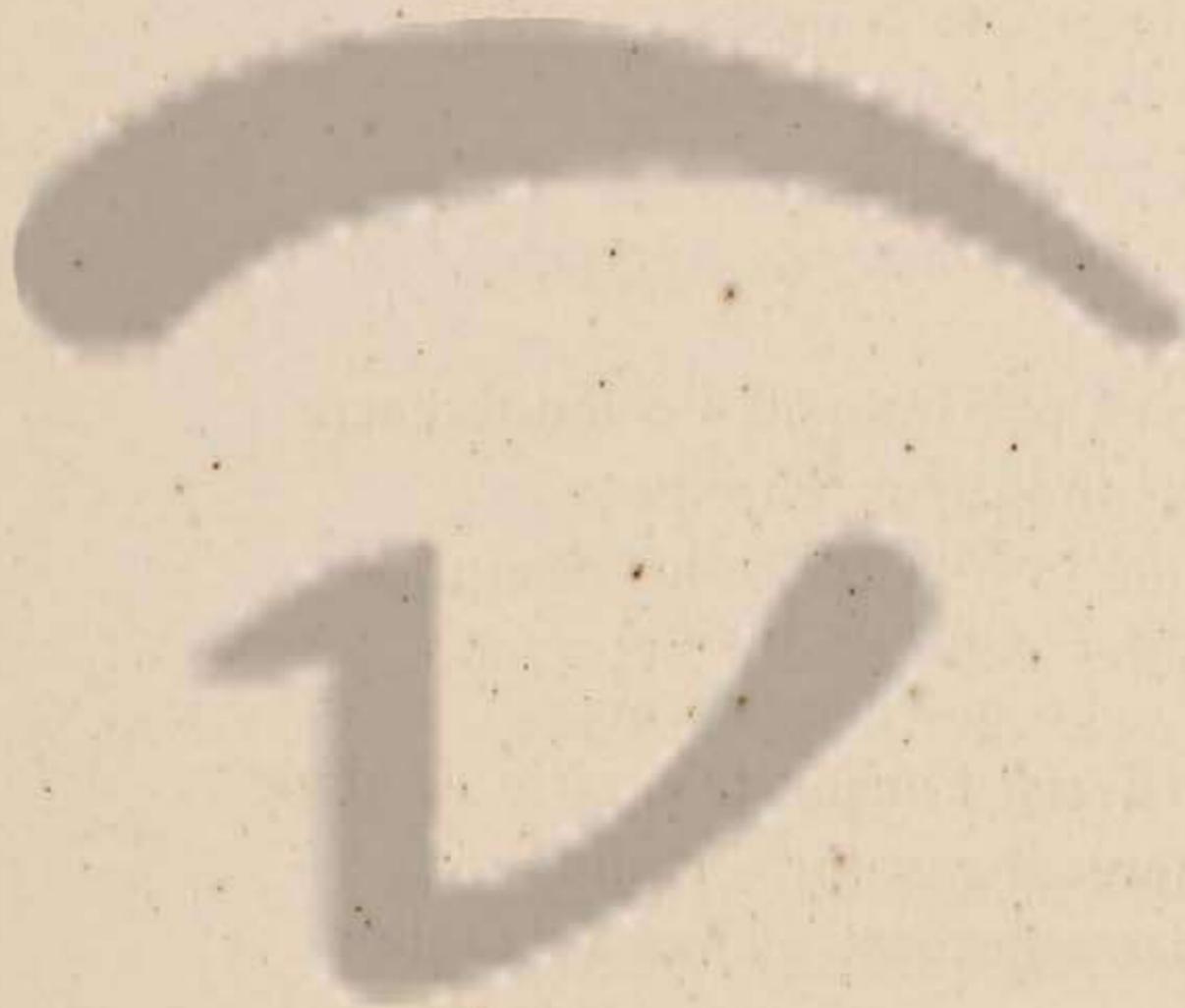
Esta le dispúso un mísero
Lecho, que nunca ocupaba,
Ya que en el cuarto velaba
Arrodillado y sin luz,

Hasta que la media noche
Sonaba el reloj vecino;
Y á las dos el peregrino,
¡Ya estaba otra vez en cruz!

Diariamente con el alba
Iba á la iglesia Barello,
Y encomendándose al cielo,
Llena el alma de fervor,

Luego que distintas veces
El Divino Oficio oía,
Comulgaba, y todo el día
Continuaba ante el Señor.

Por eso de Casimiro
La oración y penitencia,
Asombraron á Valencia,
Que es la patria de Ferrer,
Y la fé, ya amortecida,
Inflamó no pocos pechos,
Y empezó á verse en sus hechos
Sobrenatural poder.





LAUS PERENNIS

Si hay quien por impiedad ó indiferencia
No ora jamás, nosotros oraremos;
Mas, ¿por qué la oración, si los designios
Son inmutables del Creador Supremo?

¿Por qué decís? Porque al dotarle de alma
Capaz de merecer castigo ó premio,
Dios es padre amoroso, y Dios al hombre
No abandona hasta el último momento.

La oración es el bálsamo inefable
Que suaviza y endulza nuestros pechos,
Cuando las amarguras apuramos
De este valle de lágrimas inmenso.

Ella de nuestras mil tribulaciones
Es el eficacísimo consuelo,

Y en comunicación siempre afectuosa
Ella tiene á los vivos con los muertos.

¿Por quién, sino por ella, á Dios se acude
Cuando se agotan los humanos medios?
Por ella amparo pide el desvalido,
Por ella la salud pide el enfermo.

La *Fé* y la *Caridad*, á la *Esperanza*,
Vida, por ella, en nuestras almas dieron,
Y si ora el pecador empedernido,
La salvación alcanza, y sube al cielo.

Por eso los cristianos corazones
Elevan sus plegarias en el templo,
Y por la propia y por la agena culpa
Piden misericordia al Sacramento.

Por eso ante *Él* perennemente envía,
Dobladas las rodillas sobre el suelo,
Sus fervorosas preces un devoto
A quien los fieles miran con respeto.

¡Es Casimiro! Vedle allí postrado
Donde alfombra no cubre el pavimento,
Absorto en su oración, á la Hostia Santa,
Desde que en el altar la descubrieron.

Allí vedle de hinojos todo el día,
Exento de hambre y sed, de angustia y sueño,
Cual si necesidades no sintiese,
Sin cansarse jamás, ¡Sublime ejemplo!

Con sólo el Pan celeste se alimenta,
Dios sólo basta á sostener su cuerpo,
Y él no osa ya en el éxtasis de su alma
Profanar aquel místico sustento.

En cruz, con su sayal de lana burda,
Adorando al Altísimo en silencio,
Es de un Bailón ó de un Francisco de Ásis
La actitud del seráfico Barello.

«¡Padecer ó morir! dicen sus ojos;
¡Morir ó padecer, Señor, deseo!»
¡Qué unción! ¡Qué beatitud más admirable!
¡Qué divina abstracción! ¡Qué arrobamiento!

Mas ya por los cristales de colores
De la elevada cúpula de templo,
Cual si de su Creador se despidiese
Fulgura el sol sus últimos destellos.

La hora es llegada ya en que Reservado
Debe ser el augusto Sacramento,
Y un torrente de célica armonía
Resuena de la nave por los ecos.

Un himno desde el coro se levanta
De alabanzas sin fin, gloria al Eterno,
Y majestuoso asciende envuelto en nubes
De blanco, puro y aromoso incienso.

Por su infinito amor arrebatado
En este solemnísimó momento,

Llorando el penitente á Dios le pide
Perdón por sus pecados y los nuestros.

Cúbrese el Tabernáculo sagrado;
En el órgano cesa el *Tantum ergo*;
Y aún permanece, en la amorosa fiebre
Que el corazón le abrasa, allí suspenso.

Su conmovido espíritu recobra,
Para la vida material, alientos;
Hace profunda reverencia, y dejan
Sus rodillas de piedra el duro suelo.

Y al salir de la iglesia el peregrino,
¿Quién ¡oh, fieles! no admira este portento?
¡Tomad, incorregibles pecadores,
Tomad de su oración el vivo ejemplo!

La oración es el bálsamo inefable
Que suaviza y endulza nuestros pechos,
Cuando las amarguras apuramos
De este valle de lágrimas inmenso.



PARTIDA DEL PEREGRINO

Después que, según costumbre,
Con sencillez evangélica,
Predicó el digno Prelado
Al público de Valencia;
Desde el púlpito, un domingo,
Se expresó de esta manera:
«Ya tendréis, fieles, noticia
De un peregrino, que eleva
Continuamente en los templos
Su oración, de fervor llena,
Y edificándoos á todos
Con su devota asistencia,
Lugar ha dado á que algunas
Gentes por santo le tengan.
No seré yo quien afirme
Que lo sea ó no lo sea;
Sólo la Iglesia hacer puede
Declaraciones como estas;

Y para que no haya falta
 De fé ó sobra de creencia,
 Huír de tales extremos
 El Apóstol aconseja.
 Pero como casi siempre
 Los pueblos un fondo alientan,
 Que, en mayor ó menor grado,
 Su superstición demuestra;
 Inevitable es que incurra
 El crédulo vulgo en esas
 Simples manifestaciones,
 Que por otra parte prueban,
 En el corazón humano
 Cuán arraigado se encuentra,
 El gran amor y el respeto
 Que á la santidad profesa.
 Diré además, que el devoto
 A quien hago referencia,
 Se me presentó hace días
 Pidiéndome que le diera
 Mi bendición, antes de irse
 Peregrino á Compostela.
 Le bendije con afecto,
 Y al fijarme en su pobreza,
 Le dí, y tomó de mis manos,
 Socorro, que él no pidiera.
 ¡Pareciome muy humilde!
 ¡Cautivome su presencia!
 Pero cuando, así las cosas,
 Abrigaba yo la idea

De que el joven peregrino
Caminaba á luengas tierras,
Y á la sazón, de Santiago
Debería andar ya cerca;
Con grande asombro he sabido
Que en los templos de Valencia,
Hoy, entre el creyente pueblo,
Aún la admiración despierta.
No obstante, yo no me opongo
A que se le favorezca,
Por todos aquellos medios
Que la piedad os sugiera;
Ni á que imitéis su cristiana
Conducta, muy santa y buena,
Ya que, cual véis, hijos míos,
No puede ser más perfecta.
Sin que perdamos, pues, nunca
La candidez que se observa
En la paloma, tengamos
De la sierpe la prudencia.»
Así, poco más ó menos,
Cumpliendo con lo que ordenan
Sus deberes á un Prelado
De la católica Iglesia,
Concluyó el sabio Arzobispo
Su homilia, oportuna y cuerda,
Ilustrando y convenciendo
Con persuasiva elocuencia,
Al público valenciano
Que le ama y que le respeta.

Mientras tanto, Casimiro,
 Que objeto en la ciudad era
 De encontradas conjeturas
 Y de opiniones diversas;
 Sin despedirse de nadie,
 Por que no se lo impidieran,
 Tomado había el camino
 De Jesús, y con cautela,
 Montado sobre el caballo
 De San Francisco, sus piernas,
 Cierta día para siempre
 Se alejaba de Valencia.
 ¡Ay! ¡marchábase de donde
 Un año pasado hubiera,
 Cuidando de los enfermos
 Que en el Hospital se albergan!
 ¡Tales eran los piadosos
 Deseos de su alma bella!
 Pero á muy corta distancia,
 Poniéndole el cielo á prueba,
 Hacia donde de los muertos
 Se alza la morada tétrica,
 De una mujer hermosísima,
 Tendida en su carretela,
 Se halló de pronto asustado
 Con la aparición funesta
 «¡Señor, exclamó Barello,
 Librame, librame de ella!»
 Y en tanto que del carruaje,
 Bajaba la dama apriesa,

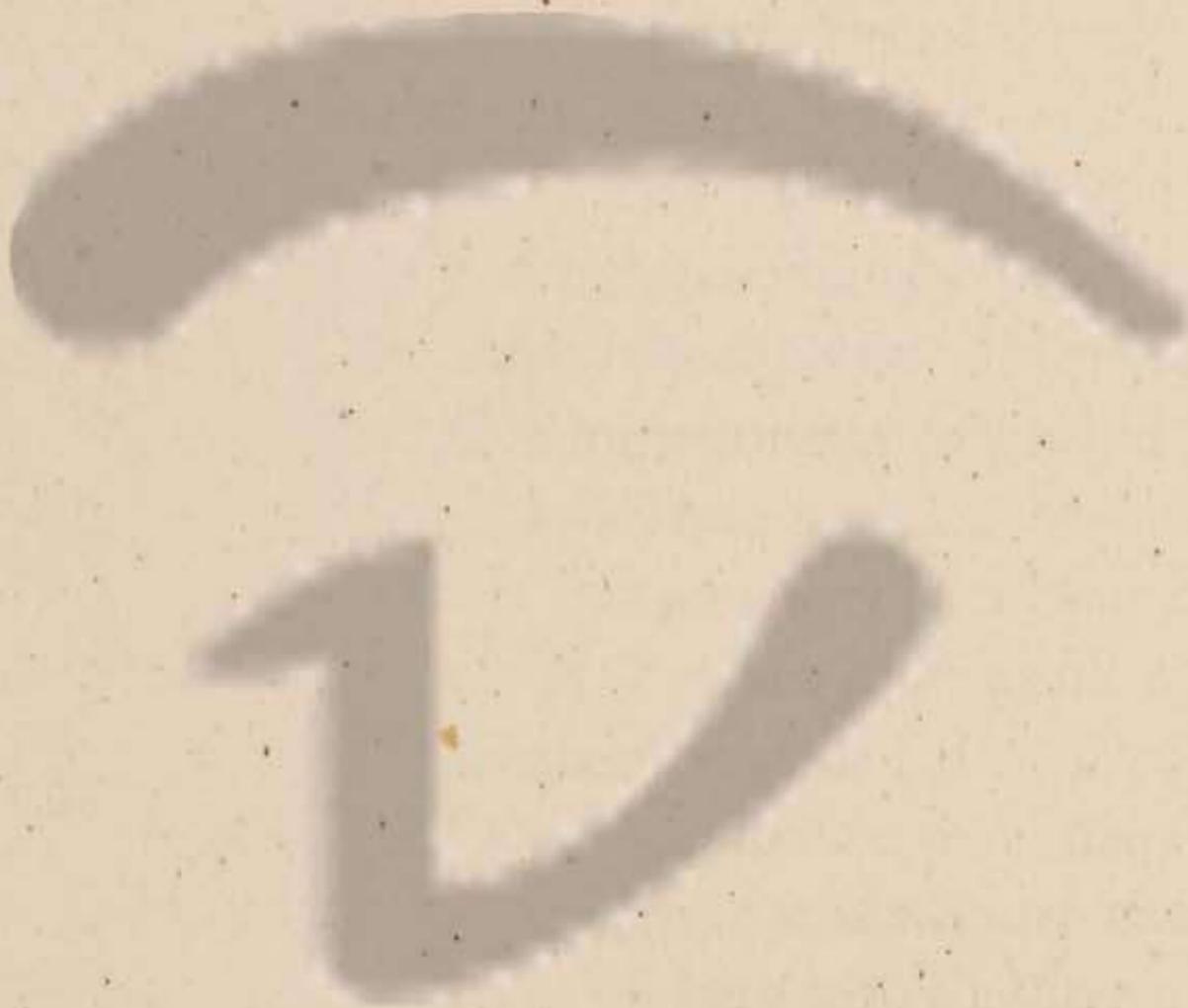
Él huyó, como huye rápida
 Del cazador la gacela,
 Y huyendo, huyendo azorado,
 Volvió otra vez á Valencia.
 ¿Quién esta aventura supo?
 ¡Un íntimo amigo apenas!
 ¡Nadie, ni do se albergaba,
 Notó aquella breve ausencia!
 Más como oculto motivo
 Le retenía por fuerza,
 «¡Ya no vá, decían muchos,
 Casimiro á Compostela!
 ¡Con que gracia el penitente
 Ha *estafado* á su Excelencia!»
 Y él á los pobres, en tanto
 Que objeto en la ciudad era
 De encontradas conjeturas
 Y de opiniones diversas,
 Repartía la limosna
 Que el Arzobispo le diera.
 Empero como á los hombres
 Más que á Dios, hay que dar cuenta,
 Y además es necesario
 Que el que es bueno lo parezca;
 Para acallar los rumores
 Que alzó la maledicencia;
 De la capital que el manso
 Turia cariñoso besa,
 Decidió partir, marcharse
 Donde de la Providencia

Indicarle parecía
 La divina voz secreta.
 Comunicólo á su amigo,
 Y éste, con honda tristeza,
 Con lágrimas en los ojos
 Suplicole no se fuera.
 Pero viendo que no había
 De convencerle maneras,
 Convino en que aquella tarde
 Sólo los dos, de Valencia
 Saldrían juntos, dejándole
 Su amigo en la Cruz Cubierta.
 La hora llegó de partida,
 Y antes que de allí salieran,
 Una manta para abrigo
 Se le dió: ¡Inútil empresa!
 Obstinose en no admitirla;
 Pero, al fin, por obediencia,
 Obligóse el peregrino
 A aceptar otra más vieja.
 La tomó entonces, doblola,
 Ató sus partes extremas,
 Terciósela como banda
 Militar al pecho puesta,
 Y después de algunas frases
 De gratitud y terneza,
 Casimiro con su amigo
 Partió de la casa aquella.
 Desapacible era el tiempo,
 Y del sol la amarillenta

Luz, á intervalos, velaban
 Apiñadas nubes densas;
 Al par que, hablando animosos
 De amor de Dios y obras buenas,
 Conversación á Barello
 La más grata y predilecta,
 Paso á paso iban ganando
 De Madrid la carretera,
 Hasta llegar, harto pronto,
 Sin cansancio ni molestia,
 Al sitio en que hermosa se alza
 La gótica Cruz Cubierta.
 Los dos ante el Árbol Santo
 Se arrodillaron; ¡qué escena!
 ¡Qué cuadro tan imponente!
 ¡Qué situación tan patética!

.

Levántase Casimiro,
 Su amigo á sus plantas llega,
 «¡Oh, bendíceme!» prorumpe,
 Y le bendice y le besa.
 Ambos se abrazan; el llanto
 Por las mejillas les rueda;
 «¡Adiós!» el amigo exclama;
 «¿Por qué, Barello, nos dejas?»
 Y Barello «¡Adiós, hermano!
 ¡Adiós, dice, hasta la vuelta!»



DESDE LA CRUZ CUBIERTA

Sólo se vá, Dios mio!
Sólo se vá... y á pié!
La noche se avecina;
¡La lluvia vá á caer!
¡Se vá, y húerfanas quedan
Nuestras almas sin él,
Pues ya quizás á vernos
No volverá otra vez!
Ya allende las montañas
Se vé el sol descender,
Y en pos preñadas nubes
Se ágrupan en tropel,
Que amenazando vienen
Con cierto no sé qué
Siniestro, la tormenta
Que avanza por doquier.

Mas tú, que en la penumbra
 Partir ahora le vés,
 ¡Oh, Cruz de nuestros padres!
 Tus brazos tiéndele.
 ¡No le abandones! Deja
 Que ovejas, cien á cien,
 A tu redil atraiga...
 Señor, protéjele!!
 Él es tu peregrino;
 Tú su Jerusalén:
 ¡Ganarte corazones
 Su santa misión es!
 La tempestad arrecia;
 La lluvia envuélvele;
 Y apenas si andar puede
 Del camino á través,
 Merced sólo á las cárdenas
 Centellas que se ven
 Rasgar del indignado
 Cielo la lobreguez.
 ¡Jesús! Sulfúreo rayo
 Cayó muy cerca de él!!...
 ¡Proteje! Oh, Dios clemente!
 Al joven piamontés!

El temporal no cesa;
 Nada en rededor se vé;
 ¡El rayo tras del trueno
 Vibra con rapidez!
 ¿Será que algún maligno

Espíritu crüel;
Obstáculos le oponga
Para que, al fin, su fé
Vacile, y no adelante
Hácia el Supremo Bien?
¿O es que en el sufrimiento
De tanto padecer,
Probarle la paciencia
Querrá el Divino Juez,
Antes que á su alma pura
La recompensa dé?...
¡Quien sabe! ¿Sus arcanos
Quien puede comprender?
De vez en cuando el cielo
Relampaguea; y él,
Del rayo á los fulgores,
Ver imagínase
En los escuetos árboles
Que el viento hace mover,
Gigantes y fantasmas
De descarnada tez.
¡No teme! Pero súbito
Un ruido escúchase,
Que aumenta á la medida
Que avanza; y vé correr
Veloz, de las oscuras
Campañas á través,
Un monstruo cuya boca
Es un volcán, del que
Bocanadas de fuego

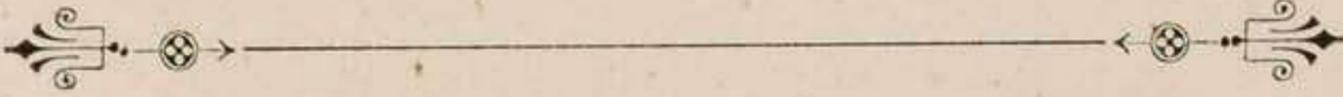
Despide Lucifer.
 Mas pronto en las tinieblas
 Vé deslizarse un tren...
 ¡Proteje! Oh, Dios clemente!
 Al joven piamontés!

Ya la tormenta pasa
 Y huye la lobreguez;
 Ya el cielo, poco á poco,
 Va serenándose;
 Y con la luz pristina
 Vuelve del astro-rey
 En las bañadas huertas
 La calma á renacer.
 Con la frente desnuda,
 Lodo y sangre en los piés,
 Calado de agua el hábito,
 Llorando póstrase;
 Y á Dios gracias envía
 Su peregrino fiel.
 Después, tantas angustias
 Que han sido un sueño crée;
 Y alegre se reanima,
 Y escucha con placer
 El cántico que entonan,
 Saltando en el vergel,
 Las tiernas avecillas
 Que Dios libró también
 De la borrasca fiera
 Que tan tremenda fué.

¡Que noche más terrible
La del camino aquél!
Pero pasó, y no quiere
Su marcha detener;
Prosíguela, y descubre
De la montaña al pié,
Un punto en que edificios
Blanquean á granel,
Y es la ciudad de Játiva
Que próxima se vé.
Al fin llega; sus puertas
Traspone... ¡feliz es!
Mas ¿qué de pronto ha visto?
¡Su sombra!... Una mujer!!
¡Proteje! Oh, Dios clemente!
Al joven piamontés!







CARIDAD Y SACRIFICIO

¡Salud, antigua Sætabis famosa!
Ya en tí, con la mirada vagorosa,
Como espantado, al peregrino ves:
Y vas á presenciá en tu provecho,
Lo que quizás en siglos, sólo ha hecho
El penitente joven piamontés.

¡A tí vengan amigos y enemigos,
Y sean, unos y otros, los testigos,
Cuyos ojos, abiertos á la luz,
Vean, é ingénuamente por doquiera,
Publiquen, con conciencia verdadera,
Los prodigios que se obran por la Cruz!

Sereno, limpio y despejado el cielo,
Ya en la histórica Játiva Barello,
Y huyendo á la mundana tentación,

Las calles, como ciervo perseguido,
Cruzó, y anduvo, y divagó perdido
Por la desconocida población.

El tiempo, tras la lluvia, era muy crudo,
Vió un pobre, poco menos que desnudo,
Hacia la esquina donde estaba fué;

Y la ya vieja manta, que un amigo
En Valencia le dió, para su abrigo,
«Tome, hermano, le dijo, abríguese.»

La vibradora voz de una campana,
En tal momento hallándose, cercana,
Escuchó acompasada resonar;

Y de aquella mujer, furia implacable,
En una iglesia, asilo respetable,
Pudo á las asechanzas escapar.

De una capilla en el rincón sombrío,
Arrodillose, y exclamó: «¡Dios mío!
¡Líbrame tú de esa fatal mujer!»

Y oyó después la misa muchas veces,
Y al jubileo fué, y en él sus preces
Al Señor dirigió hasta anocheecer.

Salió entonces del templo el peregrino,
Las afueras buscó, tomó un camino,
Y, sin saber á dónde, empezó á andar;

Y la noche llegó, y andó sin tregua,
Y, de la población á media legua,
Acogiose, rendido, en un pajar.

No eran las cuatro aún de la mañana,
Ya de volver á la oración con gana,
Su marcha á la ciudad apresuró;
Y antes de amanecer el nuevo día,
Ya en el comulgatorio su alma pía
La augusta Eucaristía recibió.

Con su hábito haraposo, su rosario,
Y descalzo aquel hombre extraordinario,
Hasta espirar el día estuvo allí,
Absorto, anonadados sus sentidos,
É inmóvil, con los brazos extendidos,
Reverenciando al santo Adonái.

Siempre de un sacerdote, el penitente,
Cuando á un sitio llegaba, incontinente,
Solíase á las órdenes poner;
Y el de allí, cuando el rezo concluía,
Un frugal alimento, cada día,
Le obligaba, tomando, á obedecer.

Su oración, su incesante penitencia,
Sus virtudes, igual que por Valencia,
Por Játiva la fama hizo volar;
Y al *fraret*, que era el pobre peregrino,
En las *Cuarenta Horas*, de continuo,
Iban curiosas gentes á observar.

Mas si álguien ante el Dios que él adoraba,
Por verle, irreverentemente estaba,
Y de ello él se llegaba á apercibir;

Sin otra indicación que una sencilla
Mirada inteligente, la rodilla
Le era imposible al punto no rendir.

A uno que de Barello atrajo el nombre,
Pero que más que á Dios, buscaba al *hombre*;
Y entró en la iglesia y se quedó de pié;
Miróle Casimiro, y, consternado,
Cayó ante el Sacramento arrodillado,
Y desde el día aquél creyente fué.

Cuatro días seguidos trascurrieron,
Y ante Jesús Sacramentado vieron
Al peregrino siempre en oración;
Y todos anhelaron conocerle,
Y produjo en el público, con verle,
General y profunda sensación.

El carácter afable, el fino trato
Del que algunos creían insensato,
Y otros se complacían en burlar,
Hasta en los insensibles corazones,
Mayores simpatías y afecciones
Concluyeron, por fin, de enajenar.

Ofrecíanle muchos su morada,
Y no queriendo nunca aceptar nada,
Mandole su virtuoso confesor,
Que el pajar referido abandonase,
Y, bajo de cubierto, se albergase
En otro del corral de un labrador.

Mas la primera noche que, sumiso,
Fué á quedarse á la casa donde quiso
Albergarle su padre espiritual;

Advirtiole el labriego, que podía
Distinguir la contigua sacristía
De la Consolación, desde el corral.

Llenole esta noticia de contento,
Y ansiando ya al Divino Sacramento
Sus fervorosas preces dirigir;

Quedarse sólo todo su afán era,
Antes que de extenderle concluyera
La yacija en que había de dormir.

Y al lograrlo, doblando las rodillas,
Encendiose el carmin de sus mejillas,
Se avivó de sus ojos la expresión,

Latir sintió su corazón sencillo,
Y delante elevó del ventanillo
Al Dios Sacramentado su oración.

A su Ángel Custodio, que le oyese
Le imploraba, y que un poco permitiese
Por la ventana el resplandor surgir,

De la luz de la lámpara encendida,
Que, tras de las paredes escondida,
No alcanzaba su vista á descubrir.

Y, en su plegaria al verle entusiasmado,
El labrador, que le escuchó asombrado,
«Acuéstese, le dijo, y duerma ya;

El tiempo del descanso no derroche,
 Porque si pasa, hermano, así la noche,
 Ir mañana á la iglesia no podrá.»

«Si despierta, añadía, soñoliento,
 ¿Cómo ha de visitar al Sacramento?»
 «Y no importa, él repuso, deje usted;
 ¡Ay! Gozarle esta noche es lo que ansío,
 Pues esta noche es patrimonio mío,
 Y mañana no sé si existiré.»

Dechado de virtud el más perfecto,
 Producían sus obras el efecto
 De la más salutífera misión;
 Y era su amor á Dios tan vehemente,
 Que por sí á despertar fué suficiente
 Al más encallecido corazón.

Supo que una ancianita agonizaba,
 Pidió que le llevasen donde estaba,
 Y, de su cama arrodillado al pié,
 Prodigole palabras de consuelo,
 Y hasta la madrugada al buen Barello
 De allí arrancar posible ya no fué.

Mas cuando se marchó, no fué rendido,
 Fué porque el dueño, á compasión movido,
 Le mandó retirarse á su pajar:
 Y se fué, y dos y media resonaban,
 Y ya cuando las cuatro á poco daban,
 Como siempre, postrábase á rezar.

Su íntima convicción tan grande era,
De que seguir debía aquella austera
Vida de santidad y abnegación,
Que, del mundo triunfando y su bullicio,
Intrépido avanzaba al sacrificio,
Sin temor á ninguna sugestión.

Hacia Alcoy y Alicante ir proyectaba,
Mas visitar en Játiva deseaba
Los pobres presos antes de partir;
Y aun llevarles limosnas también quiso,
Que él, de su director con el permiso,
Por las calles prestábase á pedir,

Pero tuvo el buen padre por discreto,
Para que el fin de tan laudable objeto
Pudiese fácilmente realizar,
Que al setabense pueblo se anunciase,
Y á la puerta del templo colectase
Lo que los fieles le quisieran dar.

Y érase una mañana triste y fría,
Y, á pesar de la lluvia que caía,
De bote en bote el templo se llenó,
Y, el Santo Sacrificio terminado,
A Barello, en el átrio colocado,
La multitud con orden se acercó.

Un par de vigilantes procuraba
El desfile de gente, que pasaba
Por delante del joven sin cesar;

Y, arrasados de lágrimas los ojos,
 Del rosario la cruz, ante él de hinojos,
 Afanábase, humilde, por besar.

Y era un prodigio ver como aumentaba
 La limosna que allí depositaba
 La caridad, con celo é interés;
 Y, cuando los objetos recibía,
 Daba á cada varón, con alegría,
 Un beso y un abrazo el piamontés.

Continuaba la lluvia inoportuna,
 Y no quedando ya casi ninguna
 Persona de la iglesia por salir;
 Y estando ya en la cárcel, prevenida,
 La digna autoridad, su bendecida
 Tarea fué preciso concluir.

¡Milagrosa colecta! Allí, á montones,
 En unos capacísimos cestones,
 Que el noble vecindario le aprestó,
 Abundancia de carne y de tocino,
 Frutas, bizcochos, tortas, pan y vino,
 Comestibles y ropas recogió (5).

Dios, con éxito tal, debió gozarse,
 Pues todo á su destino al trasladarse,
 Un carro indispensable fué buscar,
 Y, sin temor al agua ni al ridículo,
 Cual si fuese un cuadrúpedo, el vehículo,
 Se empeñó Casimiro en arrastrar.

La lluvia copiosísima caía;
¡Cuadro conmovedor! ¡Ah! Su obra pía
Al corazón más duro hizo latir;

Y aunque el trayecto largo era penoso,
No hubo manera al joven valeroso
De hacerle en su carrera desistir.

Sucio de lodo y el sayal mojado,
Desnuda la cabeza y descalzado,
Pero radiante el rostro angelical;

Por las calles alegre el pobrecito,
Denodado tiraba del carrito,
Y un aplauso estallaba universal.

Y uno lloraba y otro se reía,
Y un héroe en él la multitud veía,
Todo amor, y bondad, y abnegación;

Y un grito de entusiasmo levantaba,
Y era, por donde quiera que pasaba,
Su marcha una magnífica ovación.

Así llegó á la cárcel con paciencia,
Y allí, para poder entrar, licencia
Casimiro pidió á la autoridad;

Y se le permitió hablar á los presos,
A los que sus abrazos y sus besos
Prodigó con inmensa caridad.

No hubo ya nadie que, ante aquella escena,
Con jubiloso llanto, un alma llena
De gracia y de candor no viese en él,

5

Y con vítores todos le aclamaron,
Y por él, los que en él se edificaron,
Al Dios reconocieron de Israel.

¡Bien haya la divina Providencia,
Que al peregrino encaminó á Valencia,
Con tan alta y benéfica misión!

¡Bien haya la hora aquella en que Barello
Puso la planta en nuestro fértil suelo,
Frutos sólo á sembrar de bendición!

¡ADIÓS!

Aún dura del día de antes
La popular conmoción,
Y aún, tras aquellos instantes,
Refléjase en los semblantes
Tristeza y satisfacción.

Honda tristeza sentida
Por los que fueron testigos
De la virtud más cumplida,
Y hoy lamentan la partida
Del mejor de sus amigos.

Satisfacción, en verdad,
De haber tales actos visto
De sincera caridad,
Que recuerdan los de Cristo
Salvando á la humanidad.

Satisfacción perdurable
 De Játiva en la memoria,
 Por la dicha incomparable,
 Con que aquél sér admirable
 Le dió diez días de gloria.

Él, conturbado, intranquilo,
 En cuanto se vió aplaudir,
 Ya, desde su pobre asilo,
 Sólo pensó y con sigilo
 De la población partir.

En vano sus precauciones
 Barello tomó; la gente,
 Dejó sus ocupaciones,
 Y en distintas direcciones
 Fué á buscar al penitente.

Nada le sirvió el recato,
 Pues, á su entusiasmo fiel,
 Sin consigna ni aparato,
 Veíase al poco rato
 Todo Játiva tras él.

Despedirse de él ansiaba,
 Y, en número no mezquino,
 Hacia Alcoy le acompañaba;
 Mientras él á prisa andaba
 Por en medio del camino.

Sin poder alcance darle,
 Ya de la tarde al trasluz,

— 69 —

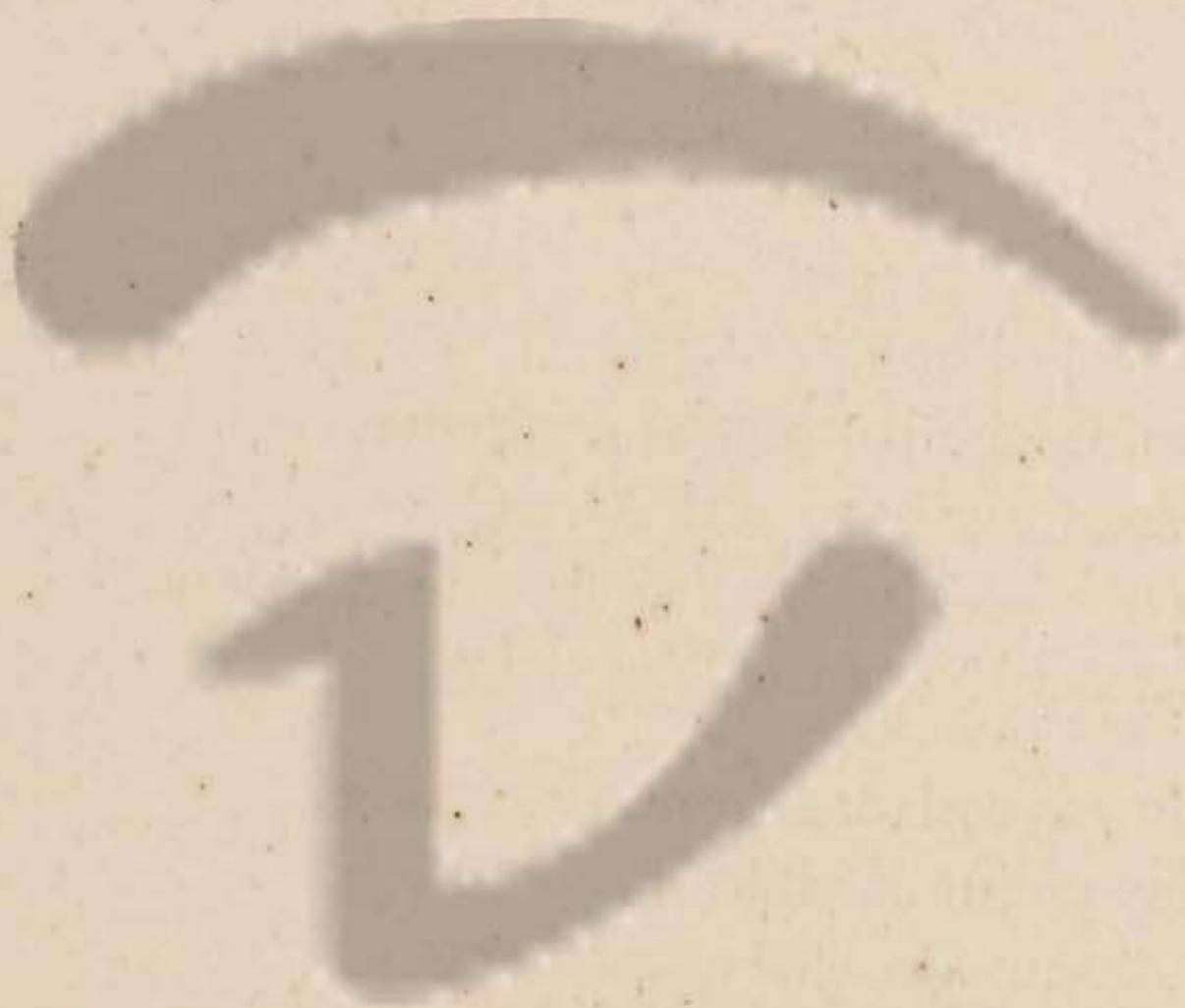
Con dolor de no abrazarle,
Tuvo el pueblo que dejarle
De Bixquert junto á la Cruz.

Y en su marcha apresurada,
Triste viajero errabundo,
Con la salud quebrantada,
Proseguía, cual si nada
Quisiese ya con el mundo.

¡Ay! El piamontés partía,
Y aún la gente de él en pos
Con la vista le seguía,
Y «¡Adiós!» llorando decía,
«¡Adiós, Casimiro, Adiós!»

¡Se iba! Y desde allí mirando,
Mujeres, niños y viejos
Se quedaron sollozando;
Y él fué el paso acelerando,
Y perdiéndose á lo lejos.

¡Señor, derrama los dones
Sobre él de la santidad,
Y haz que, por sus oraciones,
Brote en nuestros corazones
Fé, Esperanza y Caridad!





FANTASÍA NOCTURNA.

Camina que camina el penitente,
Presuroso diríjese hacia Alcoy,
Y mientras vá, en las sombras de la noche
Espectros vé sin formas ni color,

Montes, collados, simas y cañadas,
Pueblos y aldeas, todo en confusión,
Pasar, como fantásticas quimeras,
Vé siempre del camino en derredor.

Y, entre tantas visiones misteriosas
Como la noche finge á su ilusión,
Allá en el negro fondo la silueta
Distingue de una torre el soñador.

¡Un gigante es de piedra! Un campanario
Es de un pueblo, que llama su atención,

Porque ante él se imagina estar enfrente
Del que en su patria desde niño vió.

Y recuerda su historia, y anda y anda,
Y se aumenta, se agranda la visión,
Y á contemplarla párase, y se acerca,
Y le habla y dice su inspirada voz:

«No el satánico orgullo de los hombres,
La cristiana piedad, la religión,
Fueron, esbelta torre, las que un día
Hasta el trono te alzaron del Señor.

Él, que su loca audacia confundiendo,
La soberbia en Babel aniquiló,
Sobre tí, coronando aquella ardiente
Fé de nuestros mayores, puso el sol.

Babel, ruinoso, es del reptil guarida;
Nido eres tú del pájaro cantor;
En su diurna carrera el astro de oro
Tu cruz besa en señal de adoración.

Así también, cruzando desde lejos,
La besa el peregrino como yo,
Y en pos de la plegaria de la tarde
Puerto sigue á buscar de salvación.

El signo redentor que en tu elevada
Cúspide gira el vendabal feroz,
Semeja que, al volverse, entrambos brazos
Tienda para estrecharnos con amor.

Perennemente tú, cual faro, guías
Al que en la oscura noche se extravió,
Mientras que el criminal en tu alta mole
Vé un gigante fantasma aterrador.

Y huye de tí, y se esconde amedrentado,
Cuando con la tormenta que estalló,
Incisivas atraen tus campanas
El rayo de cólera de Dios.

Mas no por eso tú, gallarda torre,
Tiemblas como el cobarde malhechor;
Se estremece el impío, no el creyente,
Tiembla el culpado, el inocente no.

Tú el embate resistes de los siglos,
Tú la potente furia de aquilón,
Tú del hombre la saña destructora,
Más temible, más fiera que los dos.

El hombre, en lucha eterna con el hombre,
La excelsitud no vió de tu misión,
Y, sin respeto al símbolo que ostentas,
En guerrero baluarte te trocó.

Fratricida regó con sangre humana
Las campiñas que alfombra tuya son,
Y en un maldito yermo al convertirse,
Ni una planta brotaron, ni una flor.

Una sóla de todas tus campanas
Te dejó su codicia, su odio atroz,

Y el fundido metal en vil moneda
O en mortíferas balas convirtió.

Una, la más pequeña, humildemente
A los hombres llamaba á la oración,
Y con su débil eco parecía
Los estragos llorar de su rencor.

Ella, cuando el peligro amenazaba,
Pedía auxilio al pueblo con más voz;
Y cantaba unas veces su alegría,
Y expresaba otras veces su dolor.

Pero ¡ay! que aquél concierto de argentinos
Sones y amigas voces se extinguió,
Y su júbilo en vano, solitaria,
Mostrar quiso en la fiesta del Señor.

¡Triste recuerdo de un solemne día!
Pues, del aire lanzada á la región,
Su metálica lengua hendió el espacio,
Tanto quiso cantar, que enmudeció.

Impertérrito tú, firme en tu puesto,
Centinela del templo de Sión,
Vibrante «alerta» resonar hacía
En las nocturnas horas tu reloj.

Y callabas después, y en torno tuyo,
Silbar del viento oíase el rumor,
O el áspero chirrido que dá oculta
La espantable lechuza en un grietón,

O el revolotear de alguna urraca,
Que, en tí escondiendo joyas que robó,
Pávulo acaso diera al más terrible
Suceso de que existe tradición.

A bandadas murciélagos y cuervos,
Vagando de tus muros en redor,
Eran, en las tinieblas, un confuso
Aquelarre de brujas en montón.

Y de tu campanil en los ojivos
Ventanales de artístico primor,
O en tus rotas molduras, de mil feos
Duendes gesticulaba un escuadrón.

Brujas, duendes danzaban y reían,
En desconcierto y baraunda atroz,
Y, al ver tu cruz, soltaban estridente
Carcajada mofándose de Dios.

Supersticioso el vulgo en los zumbidos
Del huracán cien veces la escuchó,
Y al referirlo, crédulas las viejas,
A sus nietos causábanles pavor.

Y afirmaban que, en noche de difuntos,
Te asaltaba fantástica legión,
Y en mudo vuelo, á tu única campana
Rápidas vueltas daba con furor.

Mas, al rasgar la macilenta luna,
De las espesas nubes el crespón,

El diabólico enjambre en vergonzosa
Fuga desaparecíase veloz.

Como triunfante campeón que en nombre
De la sin par María combatió,
Serenos entonces tú, la erguida frente
Al firmamento alzabas vencedor.

Y silencioso, inmóvil, parecías,
Señalando del cielo á la región,
Índice dedo colosal de piedra,
Siempre al hombre diciendo: «¡Allí está Dios!»

La tempestad cesó de las pasiones;
Recobraron los campos su verdor;
Mas aún, tristes los fieles, te miraban
Huérfano de campanas y sin voz.

Gótico monumento, derrumbándose,
El arte arquitectónico te vió,
Y él excitó su celo, y te salvaron
La cristiana piedad, la religión.

La fé te restauró, el arte te admira;
Arrogante á las nubes te alzas hoy:
¡Ya en tu coronamiento otras campanas
Las grandezas publican del Señor!

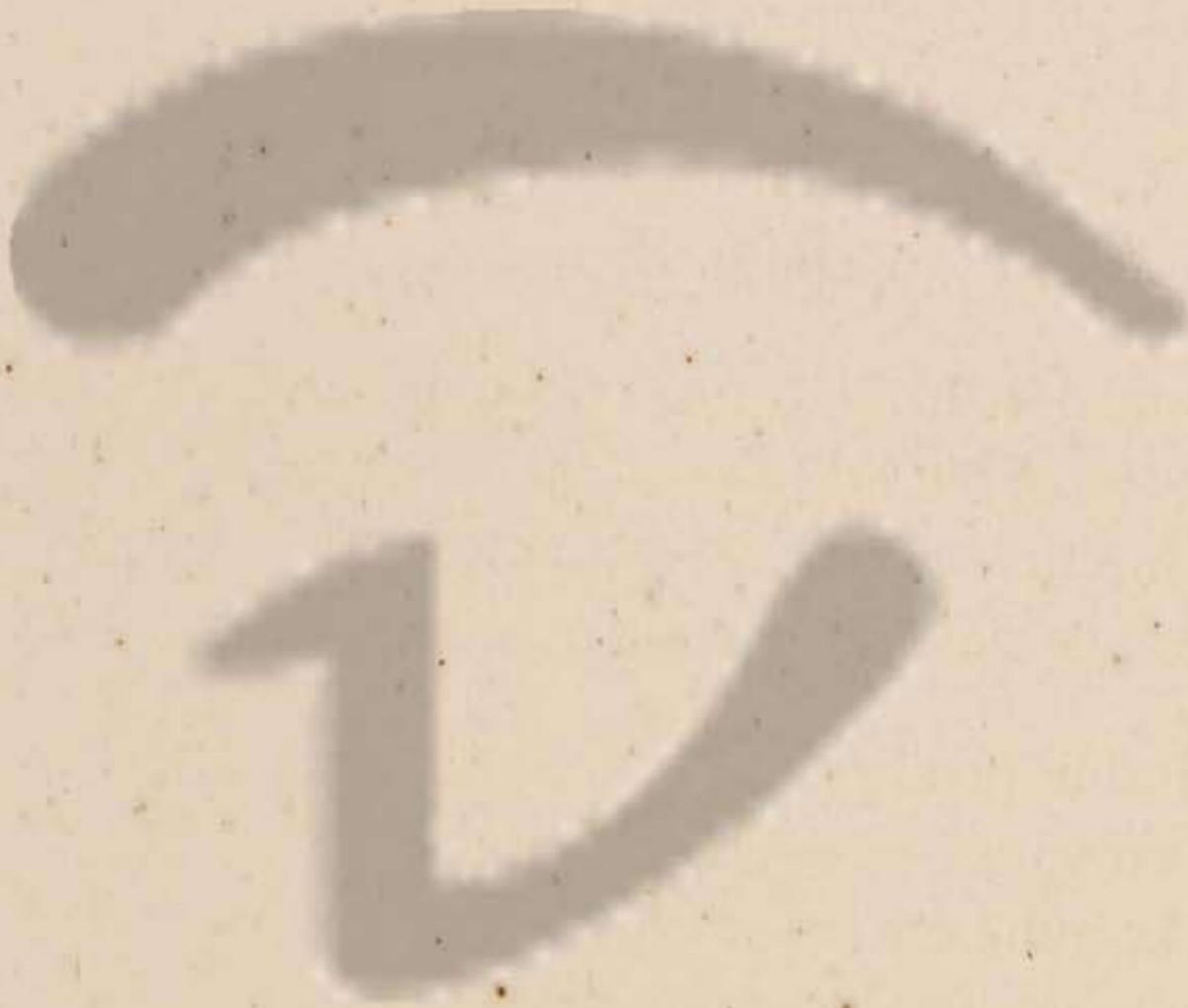
Reparáronse, al fin, los desperfectos
Que el mortal, más que el tiempo, en tí causó,
Y la oxidada cruz de tu veleta
Ya á recobrar ha vuelto su fulgor.

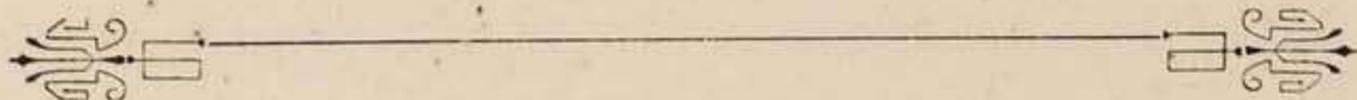
¡Ya nuevamente, ¡oh, torre! te levantas
Como bendita escala de Jacob,
Por la que el hombre hasta los cielos sube
En alas de la mística oración!»

Calló, quedó abismado, miró al cielo,
Miró luego á la tierra, sombras vió,
Y, rezando, camina que camina,
Su interrumpida marcha siguió á Alcoy.

Próxima ya la época en que el mundo
Al desorden se entrega sin temor,
Ejemplo á ser allí de penitencia
Juzga Barello que le llama Dios.

Y allí, de Carnaval en los tres días,
Cuando escándalo es todo y deshonor,
Postrado ante el divino Sacramento
Le verá la alcoyana población.





EFECTOS DE LA ORACIÓN

Y en tanto el mundo goza y se divierte,
¿Por qué ¡oh, Barello! la oración te place?...
No inútilmente sacrificio se hace;
Vida produce hasta la misma muerte.

¡Admirable prodigio el que se advierte
Cuando en vapor el agua se deshace,
Del que la nube en las alturas nace
Y en cristalina lluvia se convierte!

Tal, hasta Dios, los bienaventurados
Elevan su oración, que el cielo pío
Derramará en los pechos agostados;

Como, piadoso, en el ardiente estío,
Vierte también sobre los secos prados
La fecundante lluvia de rocío.



¡ASÍ ES COMO MUERE EL JUSTO!

Era de Quincuagésima en el día,
La víspera Barello á Alcoy llegó,
Y un público decente que salía
A recibirle halló.

Confundido con él una *señora*,
Impaciente en su amante frenesí,
Elegante, cual siempre, y seductora,
¡También se hallaba allí!

Él lanzó una mirada reprensiva,
Y veloz, viendo que ella le iba á hablar,
Huyó como Josef de la lasciva
Mujer de Putifar.

Y en tanto corruptora muchedumbre
De máscaras cruzaba por doquier,

Contrastaba del mundo la costumbre
Su austero proceder.

De hinojos ante el Dios Sacramentado,
Los tres días pasó en adoración,
Sin que, desfallecido ni cansado,
Mostrase postración.

Extático al mirarle se leía
En su apacible rostro angelical,
Que de su pecho en lo profundo ardía
La llama celestial.

De Sætabis fué el clima pernicioso
Causa, con sus proezas de virtud,
De que llegase á Alcoy en lastimoso
Estado de salud.

Llegó enfermo, y las almas bondadosas
Su peligro mortal le hicieron ver;
Mas sus rezos y prácticas piadosas
No quiso suspender.

Sólo de orar dejó en Santa María
El tiempo que empleó en apadrinar,
Un niño de la casa donde un día (6)
Le hicieron hospedar

Calenturiento el médico le hallaba,
Y «hoy, decíale, el templo déjese.»
Y «¡es el último día!» él contestaba;
«¡Mañana ya no iré!»

Al fin, que en una cama se acostase,
Con no poco trabajo, se logró,
Y que las medicinas se tomase
Que el médico ordenó

Dócil á su mandato el penitente,
Abdicando ya en él su voluntad,
Resignado sufría humildemente
La cruel enfermedad.

La noticia fatal de su dolencia
Cundió por la alcoyana población,
Y en conseguir se desveló la ciencia
Su pronta curación.

Respetables sugetos le cuidaban,
Acrecentose el público interés,
É innumerables gentes visitaban
Al joven piamontés.

Mas eran tantos ya los que permiso
Para verle afanábanse en pedir,
Que, aunque con sentimiento, fué preciso
La entrada prohibir.

Cuando la *rica dama* personose,
Tampoco se la dió autorización,
Y, al salir por la puerta, despidiose
Con una imprecación.

La enfermedad su curso recorría,
La ciencia comenzó á desconfiar,

Y á Barello la Santa Eucaristía
Se hubo de administrar.

La salida del Viático anunciaba
La campana del templo al pueblo fiel,
Y un devoto concurso acompañaba
Contrito detrás de Él.

¡Magnífico espectáculo! El gentío,
De la casa esparcido en derredor,
Por la salud del penitente pío
Rogábale al Señor.

Después de recibido el Sacramento,
Viósele, por instantes, decaer,
Y deliró, y perdió el conocimiento,
Y empezó á fallecer.

Ya el primer estertor de la agonía,
Síntoma cierto del cercano fin,
Con la fiebre el semblante le teñía
De rosa y de jazmín.

Los padres del ahijado de Barello,
Con dolor, contemplábanle espirar,
Cuando con él de pronto al pequeñuelo
Les ocurrió acostar.

Ante un acto tan tierno sorprendidos,
Llorando los presentes de emoción,
Junto al lecho cayeron conmovidos
Rezando una oración.

La faz del moribundo, sufrimiento
Revelaba y al par tranquilidad,
Brillando en sus pupilas, no contento,
Dulce conformidad.

En las bellas facciones de su hermoso
Rostro, animado y lleno de candor,
Levemente irradiaba un misterioso
Y celestial fulgor.

Iba á morir: sus ojos lo decían;
El último suspiro iba á exhalar;
Mas súbitos sus párpados se abrían,
Ávidos de mirar.

Con dulce animación después al cielo
La enamorada vista levantó;
Breve espacio se estuvo así Barello,
Y los ojos cerró.

La segur de la muerte horrible marca
Inútilmente en él quiso poner;
¡Su destructor imperio allí la parca
No consiguió ejercer!

Y ¿acaso cuando el postrimer suspiro
Lanzó, vió á nuestro Padre celestial,
Que le decía: «Toma, ¡oh, Casimiro!
Tu corona inmortal?»

¿Por Dios y por hombres condenado,
En tan supremo instante, pudo ver

Lentamente un suicidio consumado,
Tan bueno al querer ser?

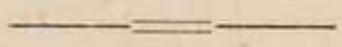
¿Cual Francisco de Borja en la agonía,
De cuanto en vida al cuerpo hizo sufrir,
Remordimiento acaso sentiría
A la hora de morir?

Sólo el Divino Juez saberlo pudo,
Mas todo el que el cadáver contempló,
Dijo asombrado con acento mudo:
«¡Así el Justo murió!»

Murió cuando empezó el apostolado
Sublime de su ejemplo á despertar,
A los que al precipicio del pecado
Caminan sin cesar.

Mas si tantas virtudes te eran gratas,
Y por tu Providencia enviado fué,
¿Por qué, Señor, por qué nos arrebatas
Al mártir de tu fé?.....

¡Oh, la mano besemos que nos hiere!
Dios, cristianos, ensalza la humildad;
¡Cúmplase en todo, pues que así lo quiere,
Su santa voluntad!





DIOS ENSALZA AL HUMILDE

Alcoy, ciudad hermosa,
¿Estás triste ó alegre?
En tu fabril recinto,
¿Qué es hoy lo que acontece?
¿Por qué tus industriales,
Los que trabajan siempre,
Hoy cierran sus comercios,
Fábricas y talleres?
Por calles y por plazas,
¿Á dónde irá la gente?
¿Qué es lo que ansiosa busca?
¿Qué es lo que hacer pretende?
Población alcoyana,
¿Qué pasa? ¿qué sucede?
Que ha muerto, cuando apenas
Contaba veinte y siete

Preciosas primaveras
 El joven penitente,
 Y ávida muchedumbre
 De todas partes viene,
 Y á la mortuoria casa
 Dirígese por verle.
 Con religiosa túnica
 Vestido el cuerpo inerte,
 Su esculturario busto
 Tan bello aspecto ofrece,
 Como si en blanca cera
 Modelado estuviese;
 Y, de carmín su rostro,
 Teñido suavemente,
 ¿Podría distinguirse
 Si está muerto ó si duerme?
 ¡A hollar tanta hermosura
 No se atrevió la muerte!
 Con los brazos cruzados,
 Levantada la frente,
 Y con el Crucifijo
 Que de su pecho pende,
 Al mismo Luis Gonzaga
 Barello se parece.
 Veneración infunde
 Todo su continente,
 Por el que, misteriosa,
 Vaga una luz celeste,
 Que de inmortal ventura
 Nuncio es clarividente;

Y atónita prorumpe
La multitud al verle:
«¡Bendita sea Italia,
Que tales hijos tiene!»

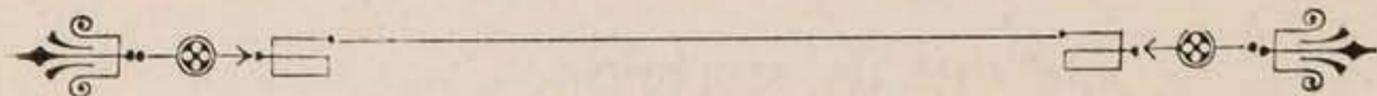
Así que por los pueblos
La noticia se extiende,
Y sábese de fijo
La prematura muerte
Del joven italiano,
Que Dios para sí quiere;
Como á la mar los ríos
Á Alcoy fluye la gente.
Por verle se atropellan
Los hombres y mujeres,
Que anhelan del cadáver
Reliquias diferentes,
Y en él miles de objetos
Tocar, por complacerles,
El dueño de la casa
Manda á sus dependientes.
Pero es tal el tumulto
Que allí se agolpa y mueve,
Que aquí gritos se escuchan,
Quejas allá se sienten,
Y rásganse mantillas,
Y síncope hay fuertes;
Y en medio del desorden,
Precipitadamente,

Allí empujando llega
 Una dama que, al verle,
 Con un feroz aullido,
 «¡Al fin, exclama, vence!»
 Y cae, y asfixiada
 El público la cree,
 Y, al ir á socorrerla,
 Fugaz desaparece.
 ¡Honor al que al demonio
 Venció de los placeres!
 Mas como por instantes
 La baraunda crece,
 Y en el local dó se halla
 No es fácil ya entenderse;
 Del venerable cuerpo,
 Que intacto se mantiene, (7)
 Dispónese el traslado
 Sigiloso y prudente:
 Y acuerdan que, de noche,
 Á San Jorge se lleve,
 Y allí, hasta que otra cosa
 La autoridad ordene,
 Atónita prorumpe
 La multitud al verle:
 «¡Bendita sea Italia,
 Que tales hijos tiene!»

Alcoy, ciudad hermosa,
 ¿Estás triste ó alegre?

En tu fabril recinto
¿Qué es hoy lo que acontece?
Por calles y por plazas
¿Á dónde irá la gente?
¿Qué es lo que ansiosa busca?
¿Qué es lo que hacer pretende?
¿Por qué por los balcones
Y las ventanas vense,
Millares de personas
Que aguardan impacientes,
Lo que de gozo y pena
Sus pechos estremece?
Población alcoyana,
¿Qué pasa? ¿qué sucede?
Que ha muerto el grande apóstol
Del siglo diez y nueve,
Y jóvenes y ancianos,
Y niños y mujeres,
Con entusiasmo acuden
Presurosos á verle.
¡Aún hay fé en nuestra patria!
¡Las creencias no se pierden!
Mas ya, á través de inmenso
Gentío, hacia aquí viene
Severa comitiva
Que, con pompa solemne,
Conduce los mortales
Restos del penitente.
Paso entre la compacta
Muchedumbre requieren,

Delante del cortejo
Fúnebre, los agentes
Municipales; llegan
Después, pausadamente,
Los pobres asilados,
Que la piedad sostiene;
Tres parroquiales cleros
Siguen, y luego vienen
Los franciscanos frailes,
—De los que, gravemente,
Seis el féretro llevan,—
Y en pos los asistentes,
Y de la orquesta el coro
Que los espacios hiende.
Y en tanto al Cementerio
Vá la asombrada gente:
«¡Bendita, dice, Italia,
Que tales hijos tiene!»



HOMENAJE Á LA VIRTUD

Si un príncipe ó rey muriera,
No se hiciera
Más grandioso funeral,
Que al humilde penitente,
Con fé ardiente,
Le hizo Alcoy en general.

Reunida en Santa María,
Se veía
La apiñada multitud,
Que en el espacioso templo,
Daba ejemplo
De su amor á la virtud.

Un catafalco suntuoso,
Que ostentoso
Se alzaba con majestad,

Diríase que del cielo,
 Á Barello,
Buscaba en la inmensidad.

 Allí de su Dios al lado,
 Coronado
Debe estar de eterna luz,
Pues esta es la recompensa,
 ¡Gloria inmensa!
Del que muere por la Cruz.

 De una orquesta numerosa,
 La armoniosa
Voz producía al sonar,
Un profundo sentimiento,
 Y un contento
Inexplicable á la par.

 Entre seis grandes blandones,
 De crespones
Cubierto el altar mayor,
Sobre el dosel donde estaba,
 Destacaba
La imagen del Redentor.

 Imagen que parecía
 Le decía,
Con dulzura, al pueblo fiel:
«Justo, pecador, es que ores,
 Y que implores,
Pero por tí, no por él. »

Bajo aquella extensa nave,
Lo más grave
De toda la población,
Á Casimiro, con luto,
Su tributo
Rindió de veneración.

Gente de puntos lejanos,
Y alcoyanos
Piadosos como el que más,
Otros póstumos honores,
No menores,
Tributáronle además.

Plausiblemente iniciada,
Y llevada
A efecto una suscripción,
Fué homenaje por rendirle,
Y erigirle
Un magnífico panteón (8).

De sus restos el tesoro,
Con decoro
Conservará Alcoy allí,
Y del sepulcro en la losa,
Dó reposa
Dirá una inscripción así:

«Aquí descansa Barello;
Mas del cielo
Vive su alma en la región;

Con sus pasiones en guerra,
Fué en la tierra
Mártir de su abnegación.»

Y en premio de esta victoria,
Por su gloria,
Ya espera la cristiandad,
Que el Vaticano algún día,
¡Oh, alegría!
Proclame su santidad.

FIN

NOTAS

(1) El haber visitado al penitente piamontés desde el primer día que llegó á esta ciudad, dice el reputado médico de Alcoy D. Antonio Tormo en un bien escrito artículo que extractamos, ha sido motivo suficiente para que se me hayan hecho varias preguntas sobre tan simpático y virtuoso joven.

Accedo gustoso á satisfacer esa avidez general en saber cosas del indicado peregrino, pero tan sólo me concretaré á contestar á la siguiente pregunta, puesto que sobre lo demás se están recogiendo datos para que nadie ignore hasta dónde llegaron sus rasgos heroicos de caridad y amor á Dios.

Hé aquí la pregunta:

—La enfermedad de Casimiro Barello, ¿fué una monomanía religiosa?—Hasta sería natural formar este concepto no habiendo tratado al penitente, pero discurría perfectamente y sin intermisión.

En Valencia, en Játiva y en otros puntos se intentó sorprenderle con preguntas estudiadas, pero las personas que las hacían quedaban vencidas á la primera contestación que daba, como vamos á ver.

Me refirió un ilustrado profesor de medicina de Játiva, que en virtud de ciertas preguntas que se le hicieron, dijo: «A mí se me ha tenido por loco. ¡Oh! sí; yo debo tener algo enfermo en la cabeza; yo estoy loco, sí; loco como Dios, loco de amor.»

También se le preguntó: ¿Cómo vé usted á Dios Sacramentado? «Lo veo lo mismo que lo vé usted. Oh! ver á Dios es imposible; ¡la criatura ver al Creador! eso no puede ser: sólo los ángeles, que son puros, le pueden ver. ¡Yo le estrecho sobre mi corazón, le tuteo, le muestro mi amor; pero verle, no, eso es imposible!»

También en esa ciudad admiramos la prontitud y

facilidad con que contestaba. Puedo referir algo sobre esto.

A pesar de que pasaba los días enteros en presencia del Señor Sacramentado, quiso cumplir el ofrecimiento que me hizo de venir á mi casa y lo cumplió acompañado por Don José Valero. Con su carácter jovial y amable manifestó á mi señora y á otras dos, que se hallaban presentes, que á mis cuidados debía el poder asistir á la Iglesia. Al contestarle yo que sabía él muy bien que sólo á Dios lo debía, replicó diciendo: «Dios quiere que los enfermos sean asistidos por los médicos, que estén sometidos á estos; aunque esto no impide puedan pedirle auxilios extraordinarios.»

Un día le pregunté: ¿Por qué estando usted acostumbrado á pasar sin comer otra cosa que algún pedazo de pan y yerbas, no se va á un desierto, cual otro San Antonio Abad, para poderse entregar á la vida contemplativa sin que nadie le pueda distraer?

«¡Oh! no, no; hoy se ofende á Dios públicamente en los escritos, en los discursos y en blasfemias, y sería una cobardía dejar de presentarme públicamente como ejemplo para los penitentes, ya que Dios me da fuerza y valor para ello.»

Parece hay un empeño en suponer que el hombre que llega á hacer actos de heroísmo por Dios y por la religión, está loco. ¿Por qué no suponer lo mismo en los que los hacen en otro sentido, como por ejemplo, por la patria? Ya sería más lógica la suposición. ¿Acaso á Guzmán el Bueno no debía suponérsele más loco que á Casimiro? Si aquél sacrificó á su hijo por la patria, más natural y común es sacrificarse por Dios, como Casimiro. No niego se presenten ejemplos de monomanía religiosa, ¡pero que lo sea Casimiro! basta nos fijemos en las contestaciones indicadas para comprender que no.

Si las grandes emociones que sentía Casimiro hubieran sido de un monomaniaco, no podían menos de ir acompañadas de alucinamientos ó de ilusiones, pues como dice M. Bayard, estos fenómenos complican *casi siempre las diferentes formas de locura*.

Siendo monomaniaco nuestro penitente, ¿hubiera dicho que sólo veía una hostia en el Señor Sacramentado? Cuando menos, la alucinación ó la ilusión, ¿no debían representarle á Dios bajo la forma de Cristo crucificado; ó del Niño Jesús, ó de otros modos como se ha presentado á algunos santos? Casimiro contestó lo que hubiera contestado un gran teólogo, según manifestaron los eclesiásticos que se hallaban presentes. Pudiera poner en comparación con él algunos ejemplos de verdaderos monomaniacos que pareciendo discurren con lucidez, llegan al extremo, como el de un joven, que estando en presencia de una imagen de la Santísima Virgen, ante la cual tenía una vela encendida, asesinó á su madre porque tuvo el atrevimiento de apagarla. ¡Qué diferencia entre esto y la humildad y agudeza con que el virtuoso Casimiro contestaba á los que le impugnaban!

Casimiro no estaba loco. El no hablar del todo el español, y el dejo ó acentuación particular de su idioma, no eran un obstáculo para conocer su buen criterio. Casimiro era una perfecta fotografía de la caridad cristiana.

(2) El nombre del *penitente* con que el intrépido Casimiro era conocido; su profesión de hermano de la Tercera Orden de *Penitencia* de San Francisco de Asis, con que se honraba; la austeridad de su vida llevada á los últimos límites de la mortificación y de la abstinencia, y los efectos de compunción y reforma que en todas partes producía, dábanle mucha semejanza con otros santos, entre los cuales podían citarse al mencionado San Francisco, á San Antonio Abad, á San Luís Gonzaga, y, sobre todo, al santo de su nombre, que nació en 5 de Octubre de 1458, y fué educado en la piedad desde sus más tiernos años por la reina su madre. Desde su primera juventud apareció penetrado de tal modo del santo temor de Dios, que miraba con horror las más pequeñas faltas, y en una edad en que la mayor parte de los jóvenes se entregan á los placeres, conservó la pureza de su cuerpo y de su alma por una grande vigilancia sobre sí, y por la mortifica-

ción de su carne. Era especialísimo devoto de la Santísima Virgen, á quien invocaba con frecuencia; compuso una oración en forma de himno, y la recitaba todos los días para implorar la protección del Señor.

San Casimiro, aún con ser rey, era accesible á todo el mundo; empero sobre todo á los pobres que venían á implorar su protección, y le gustaba más su trato y sociedad, que el de los ricos y grandes del siglo. Este príncipe lleno de buenas obras, murió [con la muerte de los justos, el día 4 de Marzo del año 1484, y ¡singular coincidencia! Casimiro Barello ha dejado de existir el día 9 de Marzo de 1884, domingo á las cuatro y media de la tarde, cinco días después, es decir, en la misma octava de su santo.

Pero á quien, según hemos podido enterarnos, quiso imitar Barello en sus virtudes, caridad y penitencia, fué indudablemente á San Benito José de Labre, recientemente canonizado, del que con gran devoción, llevaba constantemente el peregrino una estampita, en la cual representábase á su santo modelo, vestido con un tosco sayal por el estilo del que, últimamente, él usaba.

(3) Efectivamente, allá por 1882, cuando ya á la sazón andaba peregrinando por el mundo sobre cuatro años, el penitente Casimiro Barello, ejemplar dechado de piedad y temor de Dios, estuvo detenido en el Saladero á disposición del Cónsul de Italia en esta córte, siendo puesto en libertad por el señor conde de Xiqueña, por no haber razón alguna que motivara su prisión. El Casimiro vivía en la cárcel repartiendo su comida, su sopa á los pobres, y vistiendo únicamente, en lo más riguroso del invierno, una manta abierta á modo de casulla, que le llegaba hasta las rodillas, siendo muy querido y respetado de todos los otros presos.

(4) Como se comprenderá, esta mujer no es más que una ficción poética, con la cual representa el autor las continuas y diversas tentaciones de que, dado el género de vida que llevaba en medio de nuestra sociedad, tan inclinada á los placeres materiales, asediaron quizás al penitente. Por otra parte, las atractivas cualidades, tanto físicas como morales, que distinguieron á

Casimiro, derecho nos dan á creer que muy bien lo que no es aquí más que una suposición, pudo realmente en algunas ocasiones ser un hecho.

Llenas están de casos parecidos las historias de muchos santos varones, á quienes la Iglesia venera, y figúrasenos, por lo mismo, que no se hace con esto más que realzar, si cabe, las grandes virtudes del jóven piamontés, puesto que mayor mérito adquieren si, como es probable, viéronse combatidas por sus pasiones. Así lo hacemos constar, y baste esta sencilla declaración para desvanecer toda especie de duda.

(5) Una hora duró esta colecta, y fué imposible detenerse más, pues el digno señor Juez y algunos señores del Municipio, esperaban ya en la cárcel al buen Casimiro con las limosnas recogidas; estas consistían en 10 ó 12 grandes canastos de pan, sobre 16 arrobas, y 2 arrobas de embutido y tocino; además vino, tabaco, tortas, bizcochos, pasas, fruta y ropa en abundancia. Para trasladarlo todo á su destino, como la leyenda dice, fué preciso buscar un carrito y el bueno de Barelló quiso hacer de bestia para arrastrar el vehículo. ¡Esta escena conmovió á todos cuantos la presenciaron!

Aquello fué un prodigio, por cuanto Casimiro deseaba socorrer á los pobres de las cárceles, y el Señor hizo que, además de los presos, pudiese socorrer á todos los pobres del Asilo y la Beneficencia; pues con lo que sobró á aquellos después de dejarles bién arreglados, llevó él mismo con su carrito tres grandes canastos de pan y uno de embutido y tocino, á cada uno de los indicados establecimientos.

La tarde de aquel mismo día, vispera de su partida á Alcoy, la pasó en el santo Hospital entre los enfermos, de quienes se despedía besándoles sus llagas y dándoles un fuerte abrazo. ¡Qué grandeza! ¿Puede darse mayor abnegación ni más heróica caridad que la del joven penitente?

(6) Es de notar, si, como se nos ha asegurado, y así parece natural, se le puso á este dichoso niño, hijo del comerciante D. José Valero, el nombre de su difunto padrino de pila, la semejanza que, casualmente, re-

sulta al unirse éste con el apellido del padre; pues, en tal caso, llamaríase el niño Casimiro Valero. ¡Dios le bendiga y le guíe por la gloriosa senda de la virtud que el inolvidable penitente, su padrino, le ha trazado!

(7) El cadáver de Casimiro fué enterrado después de cinco días de muerto, y el día que se le dió sepultura le estuvo dando el sol, por haberle tenido expuesto, por la mañana en el atrio de la capilla, que dá al Sur, y por la tarde en un panteón, también al Sur, cerrado sólo por una verja de hierro, estando además rodeado por un muro compacto de personas, á un metro de distancia de la verja y en terreno bastante más elevado que el interior del panteón, pues fué indispensable colocarle en este punto para que lo viera el público.

¿Es posible que el cadáver de un sujeto que hubiera muerto el día anterior, dice el ya citado médico Sr. Tormo, dejara de iniciar ya alguna descomposición estando tanto tiempo sometido á la acción de semejantes circunstancias? Sin embargo, he preguntado á muchos de los que se aproximaron y procurado averiguar si despedía mal olor, y me han contestado que nó, observándose únicamente el vientre un poco elevado é ingurgitado de sangre uno de los vasos de la cara. Que es difícil encontrar casos en que tarde tanto á insinuarse la descomposición en un cadáver, expuesto como el presente desde el primer día á la acción de causas descomponentes tan intensas, creo que ninguno de los profesores de Alcoy, ni de los de fuera, que lo han visto, lo negará. No se crea por esto que voy yo á ocuparme de los exagerados milagros que indican los dos periódicos referidos, pues esta gracia Dios la escasea; pero, sin que yo lo atribuya á milagro, ¿puede la ciencia explicar el siguiente fenómeno extraordinario que han presenciado todos los médicos y algunos miles de personas?

Sabido es que en el primer período de descomposición se esfacela ya la piel y adhiere á la ropa; luego el roce más insignificante sobre el cutis de la cara de un cadáver, ha de ocasionar la rápida descomposición

de la piel de la misma, aunque el recién difunto esté muy lejos de descomponerse.

El cadáver del penitente de que me ocupo, sufrió el que desde el domingo por la tarde hasta el jueves por la noche estuvieron dos ó tres hombres rozándole sin parar manojos de rosarios, medallas y relicarios por la cara. Los muchísimos que llevaban dichos objetos los entregaban por turno. En los forasteros se veía, por los manojos que traían, que también llevaban encargos de sus pueblos para el mismo objeto.

Si á lo dicho se agrega que la enfermedad fué una calentura adinámica ó tifoidea ¿no es gran fenómeno que á las 24 horas de muerto no se presentara una rápida descomposición?

(8) El proyecto de panteón que se trata de dedicar al difunto penitente Casimiro Barello, es debido al inteligente arquitecto D. José Moltó, quien ha estado verdaderamente feliz, tanto en la disposición como en la parte decorativa de la obra. La forma de esta es sumamente agradable á la vista, siendo el estilo predominante al gótico, aunque con algunas variaciones, que el Sr. Moltó ha sabido combinar con verdadero acierto. Compónese el panteón de una cripta destinada á depósito y vela de cadáveres, en cuyas paredes se contienen setenta y dos nichos, encima de la cripta está la capilla, en cuyo pequeño trasepto se halla colocado el sepulcro del hermano Casimiro, que forma la mesa del altar y constituye el sitio principal de la construcción.

La planta baja consta de una sala destinada á los hombres que velen los cadáveres y de la cripta propiamente dicha, que tiene una anchura de cinco metros; la subida á la capilla ó sea al verdadero panteón, se hace por dos desahogadas escaleras exteriores. Según el proyecto, el panteón ocupará poco terreno del cementerio, pues tiene sólo la fachada en él, extendiéndose sobre uno de los campos colindantes.

La prensa ha enviado sus plácemes por su obra al Sr. Moltó, quien, según tenemos entendido, se brindó á hacer gratis el referido proyecto.

10 L.

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
Dedicatoria.	5
Prólogo.	7
Juicios temerarios.	13
Curiosos antecedentes.. . . .	19
Elocuencia del ejemplo.	31
Laus perennis.	39
Partida del peregrino.	43
Desde la Cruz Cubierta.	51
Caridad y sacrificio.	57
¡Adiós!	67
Fantasia nocturna,	71
Efectos de la oración.. . . .	79
¡Así es como muere el justo!.	81
Dios ensalza al humilde.	87
Homenaje á la virtud.	93
Notas.	97